
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
LOS HA MATADO EL DEMONIO
SILVER KANE

Se adentró entre varias tumbas más. La desesperación la acometió y de repente, exhaló un gemido, porque la oscuridad era ahora casi impenetrable, casi completa, casi angustiosa.

De pronto vio la figura. Vio la muerte.

Y en su garganta se formó una única, una desesperada pregunta: «¿POR QUÉ?». Aquella figura nada podía tener contra ella. Al contrario. En aquel rostro había algo que… ¡Algo que le hubiera debido hacer confiar!

Pero la muerte estaba allí. La muerte estaba en las manos, en el aire. Estaba en aquellos ojos conocidos. En aquella boca. Cayó de rodillas.

No entendía nada, y precisamente porque no entendía nada, el horror había penetrado hasta su sangre y hasta sus nervios. De su garganta escapó un leve gemido.

Solamente dijo:

—Noooo…

El cuchillo penetró poco a poco. Como una caricia.

El acero era una maldición, pero era una maldición casi dulce.

Lo último que vio fue aquella figura sinuosa. Lo último que vio fue que había caído casi debajo de la serpiente.



Silver Kane

Los ha matado el Demonio

Bolsilibros: Selección Terror - 164

ePub r1.0
xico_weno 20.11.16

Título original: *Los ha matado el Demonio*
Silver Kane, 1976
Ilustraciones: Desilo

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

Capítulo primero

El tren traqueteó fuertemente al pasar el puente sobre el Hudson, mientras ganaba velocidad. Pese a la excelente suspensión, los vagones se bambolearon un momento como si fueran a perder la estabilidad. Todos los que estaban despiertos, todos los que tomaban alguna copa en el vagón-bar, y los que charlaban en los pasillos se dieron cuenta de que nada sucedía y se limitaron a sujetarse con un gesto distraído, pero para la muchacha que estaba en el vagón número dos, profundamente dormida, la cosa fue distinta. Fue tan radicalmente distinta que de pronto lanzó un grito.

Sus ojos se abrieron de pronto, mientras tenía la sensación de que el vagón bailaba sobre sus ejes e iba a salirse de la vía. Se levantó de pronto, contempló la ventana con la mirada extraviada y, de repente, vio el gran río que se extendía bajo sus pies mientras cruzaban el puente. En aquel punto, el anchuroso Hudson pudo darle la sensación de que cruzaban un brazo de mar.

—¡Saquen a esa niña de ahí!

La voz había partido bruscamente de su garganta, como un disparo. Se abalanzó hacia la ventana y la cara le chocó con los cristales. Sus dedos parecieron a punto de arañar algo, pero resbalaron contra la superficie pulida.

—¡Sáquenla! ¡No dejen que toque a la muerta! ¡Sáquenla de ahí! ¡Va a ahogarse también! ¡Por favor! *¡No dejen que toque a la muerta!*

El tren emitió un pitido al acabar el paso del puente, un pitido que pareció penetrar en las entrañas de todos como una rara cuchillada. La muchacha siguió pegada al cristal, mirando con ojos obsesionados el río que se iba, mientras barbotaba:

—Por favor… Por favor… No dejen que toque a… a la muerta…

El hombre que estaba frente a ella, en el asiento opuesto, pareció salir entonces de su asombro. Todo había sucedido tan

rápidamente que reaccionó cuando ya habían pasado el puente y cuando campos verdes y bien cultivados se extendían a ambos lados del convoy. Sujetó a la muchacha, mientras balbucía:

—Pero, por Dios, Marian…, ¿qué te pasa?

Ella se derrumbó. Sus ojos seguían muy abiertos, pero ya no miraban a ninguna parte. No se sabía si estaba soñando todavía o había vuelto a la realidad. Resbaló de entre los fuertes brazos del hombre y cayó al suelo alfombrado del vagón, haciendo una exhibición de piernas que quizá no había hecho nunca. Claro que los únicos ocupantes del compartimiento eran James, su prometido, que estaba tratando de levantarla, y un sacerdote católico que ni por su edad ni por su condición estaba en situación de fijarse en las piernas de las chicas. Fue él quien sacó un frasquito de sales y lo aplicó con suavidad bajo la nariz de la muchacha.

Ella reaccionó poco a poco. Dijo un par de frases incoherentes más, de las que se deducía que ella había visto en las aguas del río a una mujer muerta y a una niña que se estaba ahogando, pero que quería tocar el cadáver. Nada de aquello acababa de tener sentido. Luego, Marian exhaló un suspiro, cerró los ojos, y cuando los volvió a abrir, pareció una mujer distinta. Dio la sensación de que había vuelto de un extraño sueño y de que ahora los veía por primera vez. James la sostuvo por debajo de las axilas, la levantó a plomo con sus fuertes brazos y la hizo sentarse. Nadie en los otros compartimientos se había dado cuenta de nada. El tren seguía aullando mientras ganaba más y más velocidad en las grandes rectas que le llevaban a Nueva York, ya tan cercana.

James musitó:

—Pero ¿qué te ha pasado, Marian? ¿Qué es eso? Estabas dormida y de repente… Bueno, no lo entiendo…

Ella se pasó un momento la mano por los ojos. Susurró:

—No, no me ha pasado nada.

—¿Te sientes bien? ¿De veras te has recuperado?

—Ha debido ser un mal sueño —musitó ella, con una voz lejana —. Sí, eso es… Un mal sueño.

—Has dicho que veías en el río a una mujer ahogada y a una niña que iba a tocar el cadáver. En fin, eso es al menos lo poco que se ha entendido.

—¿En el río? No, yo en el río no he visto nada.

—Es que realmente no había nada —murmuró James—. Yo tengo buena vista. Todo estaba normal.

—¿Qué río es ése? —preguntó Marian, como si aún estuviera ausente.

—¿Cuál va a ser? El Hudson…

—De modo que ya estamos muy cerca de Nueva York…

—Sí. Vamos a entrar dentro de poco.

La expresión de la muchacha se iba normalizando y su voz también, pero al mismo tiempo demostraba una tremenda fatiga, como si acabara de salir de un trance. Mientras apoyaba la cabeza en el respaldo del asiento, musitó:

—Por favor, déjame…, déjame dormir…

La sensación de fatiga era invencible. Los ojos se le cerraban. James la miró fijamente, la colocó en posición cómoda y musitó:

—Bueno, quizá sea mejor así. Descansa… No te ocurrirá nada. Descansa… Yo estaré a tu lado.

Marian empezó a respirar profundamente, señal de que se había dormido otra vez. Entonces, James salió al pasillo e hizo un gesto de preocupación, ahora qué la muchacha no podía verle.

Era un hombre de unos treinta años, alto, de complexión casi atlética, cabellos de un color rubio apagado y ojos que en este momento aparecían cargados de inquietud. Vestía con cierta despreocupación y hubiera podido pasar por un profesor de Universidad amigo de los alumnos «progres». Mientras encendía un cigarrillo, vio una silueta alta y negra que se situaba a su lado.

El sacerdote musitó:

—¿Le ocurre eso muchas veces?

Tenía aspecto de hombre que conoce a la gente, hombre que sabe escuchar y ha tratado a miles y miles de personas a lo largo de su vida. Era ya viejo, quizá muy viejo. A James, no supo por qué, le recordó un poco al sacerdote viejo y enfermo de la película *El exorcista*. Pero no había relación entre una cosa y otra, no había allí seres de ultratumba ni diablos a los que alejar.

El sacerdote insistió:

—Diga, ¿le ocurre eso muchas veces?

—No. No le había ocurrido nunca.

—Ha sido un mal sueño, probablemente, algo que tiene en el fondo de su conciencia y que sin duda carece de toda importancia,

pero quizá convendría darle algunos sedantes de vez en cuando. ¿Es usted su marido?

—No. Su novio.

—¿Van juntos a Nueva York?

—No, no es que vivamos juntos —dijo James, sonriendo, al darse cuenta de que el que le hacía aquella pregunta era un sacerdote—. Ella no tiene familia y yo la acompaño para que le atienda un especialista. Un especialista de los nervios. Pensamos volver dentro de un par de días.

—Ah… ¿Ella ha padecido de los nervios antes?

—Un poco. Pequeñas irritaciones y cosas así… De pronto, tiene estados de ansiedad, pero pronto desaparecen. Como nos pensamos casar el mes próximo, ella misma me dijo que querría hacerse visitar antes. Está convencida de que las mujeres hipernerviosas como ella tienen dificultades para criar a los hijos.

El sacerdote asintió. Mientras también se ponía un cigarrillo entre los labios, preguntó:

—¿Tiene alucinaciones?

—¿Alucinaciones? ¿Qué quiere decir?

—Si ve fantasmas o personas que ya no existen. Quizá personas a las que ha conocido, pero que ya están muertas.

—No, no… Hasta ahora no le había ocurrido nada de eso.

—Mejor —dijo el sacerdote—, mejor. Una simple alucinación sin importancia la que ha sufrido hace un momento, ¿sabe? Cualquier persona, hasta la más normal, está expuesta a un accidente así. ¿A qué se dedica Marian?

—Tiene un oficio algo extraño —dijo James.

—¿Extraño?

—Bueno, usted ya habrá notado que es una chica muy bonita. Llamativa, diría yo. En los sitios donde está, la gente se fija en ella.

—Es posible —dijo el sacerdote, cautelosamente.

—Por eso actúa como ayudante de un famoso prestidigitador. Desde los quince años trabaja en eso. Le da los instrumentos necesarios, los sombreros de copa, los periódicos, las cartas… Todo eso que los prestidigitadores necesitan. Pero en los momentos decisivos, cuando el público atento podría notar la trampa, ella sonríe o hace un movimiento, algo que llame la atención, y entonces, durante décimas de segundo, los espectadores se distraen.

No crea que es por casualidad eso de que los prestidigitadores se hagan ayudar siempre por muchachas tan bonitas.

Y sonrió. La tensión parecía haber cedido. El sacerdote preguntó, suavemente:

—¿Van a trabajar en Nueva York?

—Dentro de dos semanas, es posible.

—Oh… Entonces iré a verla con mucho gusto.

—Dígame dónde vive y ella le enviará una invitación.

—Soy el doctor Freenan, profesor de la Universidad Católica, pero no quiero que me envíen ninguna invitación. Así puedo silbar si el espectáculo no me gusta, ¿entiende? —Y lanzó al aire una carcajada muy leve—. Prefiero pagar la entrada. ¿Usted a qué se dedica?

—Soy detective privado.

—Hum… Interesante profesión.

—No crea. No tengo fama ni buenos clientes todavía. Por el momento me dedico a investigaciones rutinarias, a informes comerciales, a protección de personas y todo eso.

—Perfecto —dijo el sacerdote mientras reía otra vez—. Entonces averigüe quién es la mujer muerta en el río que su novia ha visto.

Y exhaló una bocanada de humo. A James no le gustó la sugerencia, pero se limitó a encogerse de hombros y musitar un débil «Tal vez». Luego concentró toda su atención en el paisaje que volaba a través de la ventanilla, presagiando ya la inmediata cercanía de Nueva York.

Nueva York. La rica. La desconcertante. Pero también la sucia, la peligrosa, la cargada de suburbios que la van engullendo poco a poco.

Llegaron a la estación Grand Central, en el Bajo Manhattan, cerca de la Calle 42. Todos los cines de aquella área exhibían películas pornográficas. El sacerdote se caló el sombrero hasta las orejas y fue velozmente al hotel sin mirar a ninguna parte.

CAPÍTULO II

La representación teatral llevaba ya una semana con bastante éxito. No todos los prestidigitadores pueden permitirse el lujo de actuar en Broadway, pero el Gran Roselli era uno de los primeros en su especialidad. Durante dos temporadas seguidas había trabajado en el Lido de París y ahora llevaba también dos años en Nueva York.

Aquella noche el teatro estaba a rebosar de público. Era sábado y la gente estaba bostezando desde la mañana, sin saber qué hacer. En las calles de la gran ciudad hacía frío; la televisión daba una serie de programas aburridos; quizá por eso estaban tan llenos los cines, los teatros y los restaurantes sobre todo, que es lo que antes se llena en Nueva York, pues a los espectáculos no acude demasiada gente. El Gran Roselli, que no era italiano sino turco, acababa de sacar una paloma del escote de una señora pechugona que estaba lanzando grititos de asombro. La gente aplaudía a rabiar. La atmósfera del teatro se había caldeado y la representación presagiaba un nuevo éxito.

Y de pronto la muchacha lanzó aquel grito.

Fue algo que no tenía sentido.

Pareció histérico.

Pero todos los rostros, poco a poco, se volvieron hacia ella, mientras en la sala empezaba a imperar un gran silencio. Centenares de ojos se posaron en aquella figura alta, esbelta, de armoniosas curvas, que hubiera servido de maravilla para un anuncio de ropa interior femenina. Marian, con zapatos de alto tacón, medias hasta la cadera y una especie de corsé de lentejuelas, soltó de pronto el brillante bastón que estaba sosteniendo. Era el clásico bastón del cual el prestidigitador saca docenas de pañuelos, pero en este caso sus fuerzas no bastaron para mantenerlo entre los dedos. El grito, pero ahora más gutural y más profundo, se volvió a

repetir.

El Gran Roselli tuvo la sensación de que su ayudante iba a sufrir un ataque de nervios. Farfulló:

—Pero ¿qué te pasa?

Tuvo entonces la extraña sensación de que Marian no le miraba a él. De que no volvería a mirarle nunca.

Sus ojos estaban clavados exclusivamente en una de las personas que ocupaban la sala, en un hombre que estaba sentado en la tercera fila. Marian le señaló bruscamente con la mano derecha.

—¡Usted! —gritó—. ¡Por favor, usted!

Todo el mundo pensó que aquello formaba parte de la representación. Los que se habían levantado, volvieron a sentarse.

—¿Se llama usted Nader? —gritó la muchacha.

—Sí —dijo el hombre, palideciendo—. ¿Cómo lo sabe?

El prestidigitador masculló entre dientes:

—Pero Marian, ¿qué te pasa? ¡Esto no está en el programa! ¡Cállate de una maldita vez o me hundes!

Ella no parecía oírle. Seguía mirando como obsesionada a aquel único hombre, como si en el mundo no existieran más que ellos dos. Mientras sus dedos se crispaban en el aire, volvió a preguntar:

—¿Vive usted en el número 80 de Bronx Avenue?

—¡Pues claro que vivo allí! —preguntó el hombre, sin salir de su sorpresa—. ¿Qué pasa?

Todo el mundo pensó que era un espectador que estaba de acuerdo con los artistas. Alguien hizo un gesto de aburrimiento. El número era muy visto. Ni siquiera los que estaban más próximos prestaron atención.

Pero de pronto, todo cambió radicalmente. En sólo dos segundos, el aire pareció enrarecerse. Marian dijo con voz crispada:

—¡Usted tiene una esposa que se llama Elsie!

—¡Tengo una esposa que se llama Elsie, efectivamente! —gritó el espectador, palideciendo—. ¿Qué pasa con ella?

—¡Corra a su casa! ¡CORRA! ¡Su mujer ha sido devorada por un monstruo! *¡Ha sido devorada viva!*

Y Marian se inclinó hacia delante, crispada y temblorosa como si le hubieran dado un golpe en la nuca y estuviera a punto de derrumbarse. Las palabras parecieron producir en todos el efecto de una descarga eléctrica. Los rostros se volvieron de pronto y hasta

nacieron en algunos unas frías gotitas de sudor.

Porque aquello no era broma.

Lo notaron en la tensión y en la voz dramática de la muchacha.

NO ERA BROMA…

Marian se derrumbó sobre el escenario; de pronto pareció sufrir un ataque de nervios que se parecía mucho a una crisis de epilepsia. Empezó a aullar y a echar espuma por la boca. Sus piernas temblaban de tal modo que hubo que sujetarla. Después de un espasmo quedó espantosamente rígida, como si hubiera muerto.

James, que estaba entre bastidores aquella noche, corrió hacia ella. Notaba que sus manos estaban pegajosas y no se daba cuenta de que se habían impregnado de un sudor frío. La muchacha respiraba entrecortadamente, mientras una serie de brazos la levantaban para llevarla al interior del teatro.

Un médico que había saltado de entre el público al darse cuenta de la crisis, le tomó el pulso y la auscultó rápidamente. Dos minutos le bastaron para hacer un gesto tranquilizador, mientras decía:

—No es nada, no es nada… Una crisis nerviosa. ¿Quién se hace responsable de esta mujer?

—Yo mismo —dijo James—. Dentro de muy pocos días he de casarme con ella.

—Llévenla a su camerino. Se repondrá. Seguramente, cuando despierte, no se acordará de lo que ha dicho.

James había palidecido intensamente. Quizá Marian no se acordaría, pero él, sí. Él no podría olvidar jamás aquellas palabras y aquella voz. Hizo una seña al gerente de la compañía para que la llevase a su camerino.

—Ocúpese de ella. Yo vuelvo enseguida.

Buscó con los ojos al espectador llamado Nader y lo vio corriendo hacia el vestíbulo del teatro, donde había un par de teléfonos públicos. Tampoco él había tomado a broma las palabras de Marian. Mientras le oía telefonear ansiosamente a la policía. James decidió ganar tiempo, puesto que conocía la dirección: 80 de Bronx Avenue.

Su coche —un «De Soto» alquilado— estaba en un aparcamiento cercano de la Calle 53. Se puso al volante y condujo a excesiva Velocidad, jugándose incluso un disgusto serio al pasarse dos semáforos en rojo. Aun así, llegó a la dirección indicada cuando ya

los patrulleros llevaban en ella bastantes minutos. Era natural, puesto que habían tenido que llegar desde mucho más cerca.

Los policías todavía no se habían organizado. Todavía no habían montado un servicio de vigilancia en la entrada. Todos se agolpaban en la puerta de un amplio cuarto de baño que era el único que había en aquel apartamento de dos habitaciones.

James también se acercó allí. De momento nadie le cortó el paso. Como tenía más estatura que los tres agentes que estaban delante suyo, pudo ver perfectamente lo que yacía en el interior de la bañera.

Y de pronto sus ojos se desencajaron. De pronto, pese a todas las cosas que había tenido que ver en esta vida, no pudo evitar un sordo grito de horror.

Capítulo III

Lo que yacía en la bañera, hundido en su propia sangre *había sido* una mujer. Pero ahora resultaba absolutamente imposible reconocerla. Lo que los ojos de aquellos hombres aterrorizados podían ver era un esqueleto del que colgaban unos cuantos pingajos de carne, un cuerpo sin ojos, casi sin pelo, casi sin cara. Daba la sensación de haber sido atacada por mil fieras a la vez; la sensación de que varios lobos carniceros se habían disputado sus restos; de que por encima de aquel cuerpo había pasado una auténtica legión de buitres.

Incluso uno de los policías perdió la serenidad. Se puso a vomitar en el lavabo. Otro retrocedió y fue hacia la puerta del apartamento para vigilarla, pero no se dio cuenta de que estaba allí James, pese a haber tropezado con él. El tercero fue hacia el teléfono, pero chocó antes con una silla y una mesa.

Causaba el efecto de que aquellos hombres habían sido aniquilados por una maldición, de que sobre sus cabezas flotaba el peso de lo imposible.

James también se derrumbó en una silla.

No sólo no entendía nada. No sólo sentía una especie de náusea. Además le dominaba un frío sentimiento de horror.

El que había logrado encontrar al fin el teléfono logró barbotar:

—¡Que venga el forense! ¡Que vengan dos hombres más para organizar esto! ¡Que venga también la señorita Nagy! ¡Pronto! ¡Envíen una ambulancia!

Colgó.

Estaba lívido.

Sus ojos se clavaron entonces en los de James, que le miraba como si les separara un abismo.

—¿Quién es usted? —preguntó el policía—. ¿Qué hace aquí?

—Me llamo James. Soy detective privado.

—¿Alguien le había pedido que investigara aquí?

—No —confesó James—. Ni siquiera tengo licencia para investigar en Nueva York.

—Pues entonces, ¿qué hace aquí? ¡Váyase al infierno! Y además, ¿cómo ha entrado?

—Nadie vigilaba la puerta.

El policía le miró aturdido. Daba la sensación de no entender las cosas aún. Después de intentar colocarse en los labios un cigarrillo que se le cayó al suelo, balbució:

—Pero ¿por qué ha venido?

—Yo sabía que iba a cometerse este crimen.

—¿Queeeeeé…?

—*Yo sabía que iba a cometerse este crimen* —repitió James con voz tensa—. O, mejor dicho, que se había cometido ya.

—¿Cómo infiernos podía saberlo?

—La mujer que lo ha adivinado, me lo ha dicho.

—¿La mujer que lo ha adivinado? *¿Quién?*

James se dio cuenta de que nada de aquello tenía sentido. En resumen, no podía explicarlo. Era como dar vueltas y más vueltas a un laberinto sin salida. Intentó colocar un cigarrillo entre sus labios y tampoco pudo Resbaló a tierra.

—Creo que no me explico bien —dijo, intentando esquivar la conversación—. En realidad, yo estaba en el teatro cuando el marido de la muerta ha llamado a la policía.

—¿Y cómo sabía él desde el teatro que su mujer había sido asesinada?

—Alguien se lo había dicho.

—¿Quién?

La insistencia del policía era casi agresiva. Sé había puesto en pie. Pero en el momento en que avanzaba hacia James, la puerta del exterior se abrió y el policía que montaba guardia allí permitió el paso a un tipejo bajo, escurridizo, sinuoso, que llevaba un pequeño maletín negro y unas enormes gafas para sordos. Se coló de rondón en el cuarto de baño sin necesidad de preguntar a nadie, como si hubiese olido la muerte, y de pronto quedó petrificado. Sólo las aletas de su nariz se movieron con un temblor nervioso.

—¿Qué es esto? —barbotó.

El policía que antes estaba hablando con James, avanzó hacia él y gruñó:

—Menos mal que ha llegado a tiempo, doctor Manson. Supongo que, como forense, jamás ha visto una cosa igual.

—Ya no sé qué es lo que he visto y qué es lo que no he visto. Maldita sea… ¿Pero de dónde ha salido semejante carnicería? ¿Quién ha hecho esto?

—Eso es lo que usted tendrá que ayudarnos a averiguar, *doc*.

El forense se inclinó sobre *aquello* que había en la bañera. Pese a toda su experiencia, esta vez vaciló. Los restos humanos que sobresalían en aquel océano de sangre eran como para dejar sin habla hasta a un ladrón de cadáveres.

James, de quien nadie volvía a ocuparse ahora, pudo volver a mirar ahora y darse cuenta de un par de cosas, de un par de detalles que no pasaron inadvertidos a su experiencia de detective profesional. Esas dos cosas eran sencillamente que encima de la bañera estaba abierta la pequeña trampilla, por la que se llegaba al falso techo y al termo del agua caliente; y que en la sangre de la bañera flotaba una caja de cartón plastificado bastante resistente y que no se entendía cómo demonios estaba allí y qué significaba. Porque además, aquella caja estaba vacía.

Como último detalle, había que anotar que el suelo del cuarto de baño estaba también abundantemente manchado de gotas de sangre, como si la víctima, en el momento de morir, hubiera golpeado el agua de la bañera furiosamente, produciendo una gran cantidad de salpicaduras. Pero lo curioso era que los bordes de la bañera no estaban manchados, y el suelo sí, cuando caso de producirse un chapoteo el resultado habría sido el contrario. Estos tres detalles juntos era algo que no tenía sentido para James y que enseguida le hicieron cerrar los ojos como si de pronto sintiera el vértigo de lo incomprensible.

Por otra parte, se fijó en que la bañera, como muchas de las de los hoteles, no tenía cortinillas para evitar que se salpicara el suelo, sino que estaba dotada de unas puertas corredizas de plástico traslúcido que la aislaban herméticamente. Esas puertas estaban cerradas en parte, lo cual aún hacía más incomprensible el detalle de las manchas sangrientas que se advertían en el suelo.

Todo esto le produjo una fría sensación de horror que por el

momento le impidió pensar en nada más, incluso la voz del forense llegó hasta él remota y débil, como si sonara a gran distancia.

—Esto no lo ha podido hacer un ser humano —barbotaba.

—Por descontado que no, *doc*. Ha tenido que hacerlo una bestia. ¿Pero qué clase de bestia?

—No lo sé. Jamás en mi vida me había encontrado con una cosa semejante. *No lo sé…*

—¿Son zarpas? ¿Son dientes?

—Tendré que hacer un estudio completo separando los tejidos del cadáver —dijo el forense—. Ahora no puedo adelantar nada, pero más bien parece como si el cadáver hubiera pasado por una gigantesca máquina trituradora.

—Nada de máquinas trituradoras. Sus huesos están enteros.

—Es cierto…

—¿Hay huellas de algún golpe?

—No, no hay ninguna huella, al menos aparentemente. Claro que con toda esta sangre, es tan difícil… ¿Pero cuándo me van a permitir sacar esos restos infectos de ahí? ¿Cuándo van a venir los expertos en huellas y los fotógrafos?

—No pueden tardar, *doc*. Los hemos avisado. ¿Pero usted quién piensa que puede haber hecho toda esa carnicería? ¿Un hombre o una bestia? Ya conoce mi opinión. ¿Cuál es la suya?

—Sin duda una bestia.

—Pero entonces, ¿dónde está?

La pregunta no tenía respuesta. La ventana que daba al cuarto de baño estaba abierta, pero por ella no podía haberse deslizado ningún animal. De ella partían unas tuberías que quizá podían haber ayudado a deslizarse a un ser humano y nada más que a un ser humano. Ninguna bestia podía haberse deslizado por allí. Incluso el solo hecho de imaginarlo, ya resultaba grotesco.

James se fijó también en aquel detalle, pero no dijo una palabra. Volvió la espalda mientras sentía en la nuca un extraño frío, mientras parecía notar en ella algo así como el soplo del Más Allá. Todo se hizo borroso ante sus ojos, igual que en una pesadilla. Volvió a salir del cuarto de baño y entonces se encontró de narices a boca con aquella mujer.

Ésa estaba viva.

Y bien viva.

Tenía carne. La suficiente para no ser delgada y la justa para no resultar excesiva. Nadie la había despedazado, nadie la había mordido. Sus piernas largas, sólidas, torneadas, se asentaban en unos zapatos de alto tacón que aún la hacían más esbelta. Llevaba una falda algo corta, que terminaba por encima de las rodillas. Eran unas rodillas sólidas, torneadas y nada huesudas. Sobre la parte frontal de su vestido, en el pecho, llevaba una insignia que debía ser un distintivo para la policía. De su hombro derecho colgaba una gran máquina fotográfica con un *flash*. A James le pareció que era una «Rolleiflex».

Ella debió tomarle por un policía, porque apenas le miró. Penetró en el cuarto de baño, pero no llegó a hacerlo del todo. De pronto sus piernas se detuvieron en seco y parecieron vacilar.

—¿Pero qué es esto…? —barbotó.

—Saque fotos si puede, señorita Nagy. Es esencial que acabemos cuanto antes. Yo ya no soy capaz de seguir aquí.

El que acababa de dar la orden era el sargento de la Metropolitana que antes había hablado con James. La muchacha se apoyó en el marco de la puerta, cerró un momento los ojos, encaró la máquina y reguló la distancia y luz. De una forma rutinaria, mientras procuraba no mirar, empezó a obtener fotos desde distintos ángulos. Obtuvo más de dos docenas no sólo del cadáver, sino de la habitación entera y hasta de los más insignificantes detalles de ésta.

—Creo que es suficiente —dijo al fin con voz ahogada.

—Gracias, señorita Nagy.

Ella se volvió. Tropezó con los ojos helados de James.

—¿Usted es el teniente Foster? —preguntó—. ¿El que hace poco ha sido destinado a la Metropolitana?

—No. Yo soy un detective privado.

—Ah…

Y fue a marcharse. Sin duda se sentía horriblemente incómoda allí. Su garganta se contrajo como si fuera a tener una náusea.

James dijo:

—Oiga…

—¿Qué?

—¿Usted es técnico de la policía?

—Sí —dijo la hermosa mujer—. Me llamo Irene Nagy. Hace dos

años que trabajo como fotógrafo forense, a las órdenes del fiscal del distrito.

—¿Qué opina de esto?

—¿Qué puedo opinar? Lo mismo que usted, supongo: que jamás hemos visto una cosa semejante ni volveremos a verla.

—¿Conoce algún animal que sea capaz de hacer esto?

—Ninguno —dijo Irene Nagy con voz velada—, absolutamente ninguno. Un tigre o una pantera hubiesen dado grandes zarpazos y el panorama sería muy distinto. Y además, ¿dónde están ahora? Un gorila pudo haber entrado y salido por la ventana abierta del cuarto de baño, empleando las tuberías para trepar, pero no habría podido devorar a la mujer ni dejarla convertida en cuatro pingajos. Además, sus zarpas le hubieran destrozado los huesos. Todo esto no tiene sentido; no tiene ningún sentido, ninguno…

James sintió que tenía la boca espesa cuando preguntó:

—¿Y un hombre…?

—¿Un hombre? —preguntó Irene Nagy, sin mirarle—. ¡Qué tontería! Un hombre pudo haber hecho eso empleando no ya una navaja de afeitar, sino una cuchilla, y permaneciendo horas y horas junto al cadáver. Es absurdo… De todos modos, quizá el forense pueda aclarar algo sobre eso.

James se dio cuenta de lo que ella quería decir. Volviéndose hacia la puerta del cuarto de baño, preguntó:

—Doctor… ¿Pudo morir esa mujer de una puñalada, por ejemplo, y luego ser partida en diminutos pedazos, por ejemplo con ayuda de una cuchilla de afeitar?

—No —gruñó el forense—. Sin duda alguna le respondo que no. La muerte se produjo en cuestión de segundos. La bestia o el hombre que hizo eso… *la trituró mientras la mataba*.

James sintió el escalofrío hasta el fondo de los huesos. Y lo sintió más que los otros porque él sabía cosas que los demás ignoraban. De pronto volvió la cabeza hacia el sargento y sugirió:

—Ella debió gritar. ¿Cómo es posible que… no la oyeran?

—Hemos preguntado antes —dijo el sargento—. Éste es el piso más alto, y los dos inferiores están desocupados a causa del fin de semana. No olvide que hoy es sábado. En el caso de que gritara, cosa que no pudo porque el sufrimiento debió ser espantoso, pudo perfectamente darse el caso de que nadie la oyera.

James cabeceó afirmativamente. Todo aquello entraba dentro de la lógica más implacable. De pronto sintió de nuevo que todo daba vueltas en torno suyo.

El sargento de la Metropolitana barbotó de repente, como si se diera cuenta ahora de que James no tenía por qué estar allí:

—¿Pero no se ha marchado aún? ¡Usted no pinta nada en este sitio! ¡Largo! ¡Fuera!

James volvió la espalda y se largó. La verdad era que ya lo estaba deseando. Pero al llegar a la escalera recordó algo y volvió sobre sus pasos. Poco antes, cuando estaba en la habitación, sus ojos habían captado algo que los demás no notaron. De pronto sintió como si *aquello* volviera a estar delante de su mirada.

—¿Pero por qué infiernos vuelve?

—Hay algo que quizá usted no ha visto aún —dijo James.

—¿El qué?

—Esa cámara fotográfica que está en la estantería de los libros. Enfoca la habitación. Veo que está conectada mediante un cable a la puerta, un cable muy difícil de distinguir. La cámara es barata, de modo que muy pocos ladrones tendrían deseos de llevársela, pero el objetivo engaña. Es bueno y muy luminoso. ¿Está de acuerdo en eso, señorita Nagy?

—Por descontado —dijo ella, después de mirar con atención el aparato—. La cámara es de diez dólares, pero la han arreglado para acoplarle un objetivo de «Nikon» muy sensible. La marca está burilada para que al posible ladrón no le entren ganas de llevársela. ¿Sabe lo que pienso, sargento? Que esto es muy parecido al sistema de las cámaras ocultas de televisión que utilizan los Bancos. Cuando los ocupantes del piso se ausentaban, conectaban el sistema, y la máquina fotografiaba a cualquiera que entrase en la sala. Es posible que la víctima lo hubiera conectado también al meterse en la bañera, es decir, al convertirse por unos minutos en una mujer indefensa.

Todos comprendieron que aquello podía ser verdad. Nuevamente un escalofrío de excitación y quizá de miedo les recorrió la espalda. El sargento se abalanzó hacia la máquina pensando que allí podía estar la solución de todo.

—Ocúpese de esto, señorita Nagy —pidió—. Y retiro lo que he dicho de usted, pesquisa. Puede quedarse. Se ha fijado en algo en lo

que yo no me había dado ni cuenta.

La hermosa mujer se llevó la cámara. James, sin pedir permiso, la acompañó. La hubiese acompañado de todos modos aun en el caso de tener que ir corriendo detrás del coche. Un policía vino con los dos.

Irene Nagy podía disponer de los laboratorios fotográficos de la Metropolitana, y allí abrió la cámara para revelar el carrete que contenía. No pudo evitar que su voz temblase levemente al decir:

—Hay algunas placas reveladas. Confiemos en que sean las que estamos buscando.

Y se puso a trabajar.

El silencio era impresionante. Sólo el rumor leve del aire acondicionado lo rompía. Los que estaban dentro del laboratorio habían contenido incluso la respiración.

Y entonces vieron las tres placas impresionadas. Entonces supieron quién era el extraño ser que había entrado en las habitaciones aquella noche.

No pudieron evitar que sus ojos se desorbitaran.

No pudieron evitar que hubiese un temblor en sus dedos.

Porque las tres fotografías mostraban a un mismo hombre. *¿Pero era realmente un hombre lo que aparecía allí?*

Desde las viejas películas de su infancia, cuando en ellas aparecía el lobo humano, no había visto James nada que se pareciera a aquello. No había visto aquella figura encorvada, vestida de negro, con las facciones monstruosamente cubiertas de pelo, los ojos saltones y sanguinolentos, la boca entreabierta y mostrando unos colmillos que le sobresalían por entre los labios. Era auténticamente un lobo humano lo que tenían ahora delante de los ojos.

Aunque no pudiesen creerlo, aunque se dieran cuenta de que con ello entraban en el mundo de las pesadillas, lo que tenían delante de los ojos no mentía. La muchacha tuvo un temblor nervioso tan intenso que las fotos cayeron de nuevo dentro del líquido revelador. Ahogó un gemido.

Pero mucho más intenso era el temblor que en su interior sentía James. Porque con él pasaba algo más, porque a él le habían dado noticia de aquel crimen *antes de que sucediera*.

Volvió la espalda y salió de allí como una sombra, pero no pudo

evitar el tropezar dos veces con la puerta.

CAPÍTULO IV

Marian tenía los ojos muy quietos, demasiado quietos. Cualquiera hubiese dicho que era una *médium* que se encontraba en trance. Permanecía sentada ante la ventana del hotel como si ésta fuese una pantalla en la que viera cosas horribles. Ni siquiera cuando James entró en la habitación volvió ella la cabeza.

Daba la sensación de estar completamente ausente, de encontrarse fuera de este mundo.

James musitó:

—Marian…

Ella desvió la cabeza entonces. Tenía la mirada perdida. Sin despegar apenas los labios, susurró:

—Me han tenido que traer al hotel; no sabía que te habías ido.

—Perdona, Marian. ¿Te encuentras mal?

—Después de la representación he tenido una especie de desmayo.

James comprendió que no debía haberla dejado sola. Se sentó enfrente de la muchacha y le tomó ambas manos. Las tenía espantosamente heladas. Por un momento tuvo la lacerante sensación de estar tocando a una muerta.

—¿Por qué te has ido? —murmuró ella.

—No he podido evitarlo.

—¿Pero cuál ha sido la razón? ¿Otra mujer?

James movió la cabeza con sorpresa. Por lo visto, ella no entendía nada o no recordaba nada. Con voz ahogada, preguntó:

—¿No sabes lo que has dicho en el teatro, Marian?

—¿Qué he dicho?

—Creí que al menos te lo habían contado, si es que no lo recuerdas.

—El médico que me ha traído hasta aquí ha pedido a todos que

me dejaran en paz. Me ha dado un calmante y tengo la sensación de que he estado durmiendo en esta misma butaca durante mucho rato; no sé…

Su voz agotada era la de una mujer que acaba de salir de una larga enfermedad. James dudó durante mucho rato antes de hacerle alguna pregunta, pero al fin pudo más su propia angustia. Detrás de todo aquello había un mundo tan negro que no hubiera podido quedarse con las palabras en los labios. Balbució:

—En el teatro has adivinado que alguien sería asesinado, Marian.

—No recuerdo nada.

—Si quieres que no hablemos de esto ahora, no lo hagamos. Podemos hablar en otro momento.

—No, no… Ya casi me siento bien. Tienes que decirme lo que ha sucedido.

—Pues… Bueno, es difícil de explicar, pero yo sé bien que en eso no había ninguna trampa. No ha sido como los trucos de ese prestidigitador de las narices, que engaña a todos los que tiene delante. En primer lugar has adivinado el nombre de un espectador, luego has adivinado sobre su personalidad algunos detalles más que ahora no recuerdo y al fin has dicho que su esposa había sido asesinada. Todo podía parecer una broma macabra, y es posible que a parte del público se lo haya parecido, pero…, pero lo triste es que ha sido una horrible verdad.

Ella pareció no darse cuenta de la importancia que aquello tenía. Se sentía lejos de todos, aislada de todos. Durante largos minutos permaneció en silencio, mientras James la miraba con angustia. Al fin fue él quien rompió aquella quietud que no podía soportar, una quietud que les ahogaba a los dos.

—Marian —susurró—, yo sabes que te quiero. ¿Pero qué te pasa? En nombre del cielo… ¿qué te pasa?

—No sé… A veces veo cosas.

—¿Como por ejemplo, aquella escena del tren?

—¿Qué escena? —musitó Marian, dando la sensación de que ya no la recordaba en absoluto.

—La de la mujer ahogada en el Hudson y la niña que tú no querías que tocase el cadáver.

—¿Cuándo dices que vi eso?

—No lo viste realmente; lo imaginaste.

—¿Y cuándo fue?

—Hace cosa de dos semanas, cuando veníamos a Nueva York en el tren. Tú debes recordar perfectamente que te visitó el médico y te encontró bien, aunque con cierta hipersensibilidad nerviosa. Luego estuviste bastantes días haciendo reposo. Al fin el Gran Roselli se enroló en una compañía de Broadway y te pidió que volvieras a trabajar con él. Hace una semana que actuáis. Dios santo… es terrible tener que contarte todo esto, Marian, como si tú misma no lo supieras.

—Lo de mi trabajo lo recuerdo perfectamente, James, pero lo otro, no. Y hay algo que no me has dicho aún: ¿murió aquella mujer?

—Fue asesinada en circunstancias… horribles.

—Vaya… Lo siento.

Eso fue todo. Como si se tratase de la muerte de una persona situada en otro planeta. James contempló a Marian y se dio cuenta de que la que estaba en otro planeta era ella. Que momentáneamente no sentía ninguno de los dolores, ninguna de las emociones de esta tierra.

—¿Qué te ha pasado, Marian? —farfulló al fin—. ¿Cómo lo has sabido?

—¿Saber… lo del crimen?

—Sí.

—Ha sido… —Se llevó dos dedos a la frente, mientras cerraba los ojos—. Ha sido como el que se está mirando en un espejo y de repente ve pasar por detrás la cara de otra persona. Aunque sea una cara fugitiva, aunque al instante desaparezca, ella *la ha visto*. Es lo que me ocurrió a mí. De pronto vi a aquella mujer muerta en una bañera. La tuve delante.

—¿En… una bañera?

—Sí.

—¡Marian! ¡Por Dios! ¡Tú no habías estado jamás en aquel apartamento! ¡No sabías si había una bañera allí! ¡Hay apartamentos que no la tienen, sino que tienen ducha! ¡Y no podías saber dónde se había producido el crimen!

—No digo si podía saberlo o no —susurró ella con voz ausente —. Simplemente *lo vi*.

James hundió la cabeza mientras disimulaba su expresión aterrada. Había en aquello algo que le deshacía los nervios, pero sin embargo, seguía pensando con cierta frialdad. Se dio cuenta de que no convenía decir a la policía nada de aquello para que no atormentasen a la muchacha, aunque lo normal era que la gente del teatro se fue de la lengua. Por descontado que él no daría ninguna facilidad para que la interrogaran.

—Marian —susurró—, ¿te ha dejado el médico más dosis de ese calmante?

—Sí. Está en la mesilla.

Él lo miró. Era un sedante enérgico, pero que no ofrecía peligro para una persona sana como Marian. Le dio otra pastilla con un vaso de agua.

—Duerme —dijo—. Yo me quedaré aquí contigo.

Ella aceptó. Daba la sensación de que no tenía voluntad y de que en aquel momento hubiera aceptado cualquier cosa. No se desnudó, sino que se tendió en la cama y se echó una manta encima. James se dispuso a velarla toda la noche, sentado en una de las butacas, junto a la ventana.

Poco después oyó la respiración acompasada de la muchacha.

Al menos volvía a reinar allí la paz. James se dispuso a fumar un cigarrillo mientras se hundía en sus pensamientos.

Pero dos golpes discretos en la puerta le obligaron a ponerse en pie. Abrió. Un hombre joven, de facciones herméticas, estaba en el umbral. Llevaba un abrigo delgado y un sombrero casi echado sobre los ojos.

—Policía —dijo, mostrando una placa—. Teniente Bandingan.

James hizo un gesto de impotencia.

—Lo siento, teniente, pero mi prometida duerme. ¿No puede esperar a mañana?

—Por supuesto que sí… No la molestaré si ella descansa, pero ya que le he encontrado, me gustaría hablar con usted. No tema, lo haremos en voz baja.

—De acuerdo… Supongo que no vale la pena que me niegue, ¿verdad?

Y le hizo pasar al interior. El teniente echó una ojeada a la muchacha, que respiraba acompasadamente y eso pareció satisfacerle. Luego preguntó a James:

—¿Qué le ha explicado ella?

—Nada. No recuerda nada.

—Ya lo imaginaba, y le aseguro que todo esto me molesta tanto como a usted, pero ya sabe lo que ocurre. La gente del teatro habla, habla… Me lo han contado todo con un detallismo perfecto.

—Me lo temía —susurró James—. Era inevitable.

—¿Cómo fue posible que lo adivinara?

—Es la cosa más increíble con que me he encontrado en mi vida —susurró James—. Hasta ahora, Marian había sido una chica perfectamente normal. Muy nerviosa, eso sí, pero sin llegar a hacerse preocupante.

—¿Hay otros casos en su familia?

—No tiene familia —dijo James.

—¿Cómo es posible?

—No sé… En fin, lo que he podido averiguar es que ella es hija de una mujer soltera. Su madre murió y a ella la internaron en una institución de caridad. Seguramente de aquí viene su tristeza, de modo que evito cuidadosamente mencionar el tema. Sin necesidad de decirlo, nos hemos puesto de acuerdo en que nuestra vida empezó el mismo día en que nos conocimos, ¿en tiende?

—Sí, claro… Me hago cargo. De modo que no hay antecedentes.

—Ninguno que yo sepa. Y oiga una cosa, teniente: esto ha sido una casualidad, una maldita casualidad, que no se volverá a repetir, por lo cual no vale la pena que ustedes investiguen en torno a Marian. Ella tiene derecho a la paz, ¿entiende? *Tiene derecho a la paz…*

—Perfecto. No es que trate de molestarla, ¿sabe?, pero hay investigaciones de rutina, hay nombres apuntados, hay que realizar ciertos trámites… En fin, no se preocupe. Si puedo evitarlo, no la volveré a molestar.

Y fue hacia la puerta. James, por su experiencia como detective privado, sabía que la policía siempre se guarda una carta en la manga y que aquel teniente había venido en plan de buen chico a echar un vistazo para luego echarse a fondo sobre terreno conocido, si hacía falta. Pero también tuvo la sensación de que no les molestaría si no había más remedio. Le abrió la puerta.

—Adiós, teniente.

—Adiós y gra…

De pronto se detuvo. Llegaba un sordo rumor desde la cama, Marian acababa de pronunciar un nombre.

—Nelly… —dijo—. Nelly…

La última vez su palabra había sido clara. El teniente arqueó una ceja.

—¿Conocen ustedes a alguien que se llame Nelly? —preguntó.

—No.

—Pues ella parece que sí. Espere.

—Nelly… Nelly de Manhattan… Nelly…

Marian hablaba ahogadamente y con los ojos cerrados. Parecía a punto de sufrir una crisis. James sintió que le invadía un sudor frío y estuvo a punto de despertarla, pero el teniente lo impidió.

—Déjela… —dijo—. Está hablando de una mujer llamada Nelly, que vive en Manhattan. Permita que continúe.

Marian se removía inquieta. No estaba exactamente dormida ni despierta. Se notaba que sufría. Mientras las manos se sujetaban a los bordes de la cama, susurró:

—Nelly va a morir… Vas a morir, Nelly.

La voz era ahogada, densa. Parecía llegar desde infinitamente lejos. James se dio cuenta de la tensión insoportable de la muchacha y fue a avanzar hacia la cama, mientras gruñía:

—¡No tenemos derecho a esto! ¡Deje que la despierte!

—¡Espere!

James fue a revolverse. Era mucho más fuerte que el teniente y hubiera podido aplastarle el cráneo con dos golpes, pero se contuvo. Mientras el sudor resbalaba hasta las comisuras de sus labios, oyó que la muchacha añadía:

—Vas a morir en… en…

—¿Dónde? —masculló el teniente, inclinándose sobre Marian—. ¿DÓNDE?

La voz pareció llegar nuevamente desde una infinita lejanía:

—VAS A MORIR JUNTO A UNA SERPIENTE.

Y de pronto la cabeza de Marian, que casi se había erguido, cayó a un lado pesadamente. Su respiración se hizo angustiosa y ronca. Parecía que fuera a entrar en trance de un momento a otro, pero poco a poco se fue calmando. Al cabo de un par de minutos tenía el aspecto de una niña que duerme apaciblemente.

James musitó:

—Gracias a Dios…

Pero el teniente no parecía dispuesto a dar las gracias ni a Dios ni a los hombres. Una profunda arruga de preocupación partía su frente en dos.

—Ha anunciado otro asesinato —dijo.

—No haga caso, maldita sea. Es una alucinación.

—¿Lo del apartamento del Bronx también lo ha sido? Diga… ¿también lo ha sido?

James hundió los hombros con impotencia.

—Hágase cargo —musitó—. En Nueva York no hay serpientes.

—Puede haberlas en un circo.

—No tengo noticias de que ahora trabaje ningún circo aquí.

—También las hay en el Zoo —insistió el policía.

—Pues averigüe quién es esa tal Nelly y evite que vaya en su vida al Zoo. Eso es todo. Pero deje a mi novia en paz.

—Tiene razón —murmuró el policía, como si de pronto se diera cuenta de que podía entrar en un terreno falso—. No estoy autorizado a negarme.

Y salió.

Apenas había cerrado la puerta, cuando James se precipitó como un poseso sobre la monumental guía telefónica de la ciudad. Teniendo como dato un solo nombre, y además en diminutivo, resultaba casi imposible dar con una pista, pero de todos modos, el joven lo intentó. Al amanecer, tenía anotadas sesenta y cinco mujeres cuyo diminutivo podía ser Nelly y que vivían en Manhattan. No hacía falta ser muy listo para imaginar que a aquellas horas, la policía estaba haciendo exactamente lo mismo.

Y buscando además a un hombre loco.

Es decir, la policía también había entrado en el terreno de la locura.

Cuando una claridad turbia y sucia se derramó sobre Nueva York, cuando las primeras tiendas empezaron a abrir, cuando los primeros gritos se oyeron en las calles, James seguía con los ojos espantosamente abiertos y mirando al vacío. Un vacío que cada vez era más negro y cada vez estaba más poblado de fantasmas.

CAPÍTULO V

Aunque estaba claro que la policía les vigilaba discretamente, lo cierto fue que no les molestó para nada. O de pronto la Metropolitana se había vuelto muy educada o estaban dando cuerda a Marian para ver qué hacía. En un caso u otro, James consideró que su deber era procurar a la muchacha una vida completamente normal.

El sopor de Marian duró un día entero, pero al siguiente pudo ya salir. El prestidigitador, el Gran Roselli había tenido que contratar a una suplente a la que se le caían todos los objetos y no escondía bien los conejos ni las palomas, pero tenía unos muslos sensacionales y los movía bien. Eso, para un sector del público, ya era bastante.

Esas inesperadas vacaciones de Marian convenía aprovecharlas bien, para que ella no decayese. James la llevó a pasear por Central Park, sin hablarle para nada de lo sucedido, luego la invitó a comer en un restaurante de la Calle 60. Era un rincón tranquilo y apacible, donde sólo cabían unas pocas personas y que no parecía de Nueva York. Marian encajó bien en el ambiente; estaba tranquila, apaciguada, comió con apetito e incluso sonrió.

El que hacía mala cara era él.

—Estás preocupado, James —murmuró ella, mientras sorbía un poco de su licor.

—No, no, de ninguna manera.

—A mí no me engañas. ¿Qué te pasa?

—Nada… Es una tontería.

—Pues podrías contármela, ¿no?

—He perdido una dirección.

—¿Qué dirección?

Él la miró fijamente. Sentía frío en los nervios al pensar que no

iba a atreverse. ¿No era monstruoso ahondar en aquella llaga? ¿Pero no era monstruoso también poder evitar un crimen y no hacerlo?

—¿Qué dirección? —insistió Marian.

Al fin él se lanzó.

—La de Nelly —dijo.

La mirada de la muchacha se oscureció un instante pero sus labios contestaron maquinalmente. Sin inmutarse dijo:

—Ah, sí, Nelly… 195 de la Calle 53 Este.

James se estremeció hasta los huesos.

Pero procuró disimular. Su expresión siguió siendo apacible. Dio un poco más de licor a la muchacha.

—¿Tranquila…?

—Sí, sí, claro que sí.

Dio la sensación de que Marian ya se había olvidado incluso de lo que acababan de preguntarle. Bebió.

—Llévame al hotel —pidió al cabo de unos instantes—. Estoy cansada…

Por supuesto que media hora después de dejar a la muchacha descansando, James va estaba en la Calle 53 Este. Como el lector sabe, la Quinta Avenida sirve de divisoria, y las calles de la derecha son el Este y las de la izquierda el Oeste. Hacia la derecha precisamente están los barrios más humildes, el famoso West Side. El East Side, a la izquierda, es el sector aristocrático, aunque las cosas varían mucho según uno descienda hacia el sur o se remonte hacia el norte. El caso era que en esos momentos James se encontraba en un sector tranquilo, situado en una calle no muy ancha y donde abundaban las residencias pequeñas y los despachos de profesionales no demasiado ambiciosos. El 195 estaba situado entre un restaurante italiano y un *parking*.

James entró. Miró en los buzones de la escalera y encontró el nombre sin ninguna dificultad: «Nelly Salomons».

Tenía que ser aquélla.

Mientras el frío que ya había sentido otras veces le llegaba hasta la médula de los huesos, penetró en el ascensor y subió. El inmueble era discreto y debían poblarlo inquilinos silenciosos, porque no se captaba el menor rumor. El joven llegó hasta la puerta. Pulsó el timbre.

Una voz ronca dijo:

—Ya va…

Y ella abrió.

Nelly Salomons.

No debía esperar su visita, puesto que intentó cerrar la puerta. Él lo impidió cruzando el zapato en el umbral.

La mujer barbotó:

—¡Oye, perro, que tengo amigos policías! ¡No te creas que se puede salir adelante en este cochino oficio sin estar muy segura! ¡Y en cuanto llame, te van a dar tal paliza que no van a encontrar ni tus huesos, mariquita!

James se hizo inmediatamente una composición de lugar.

Sin duda la muchacha había abierto porque a aquella hora esperaba a otro. James alzó un poco las manos y trató de infundirle confianza con una sonrisa.

—No tema nada —dijo—. Ni siquiera sabía que usted se dedicaba a esto.

—¿Pues qué eres? ¿Un vendedor de lavadoras, macho?

—No.

—Entonces, seguro que repartes folletos de una enciclopedia. Hala, largo de aquí. A engatusar a tu madre.

James apretó los labios.

—Estoy aquí por tu bien —masculló.

—Ah… De modo que encima me conoces.

—No exactamente. Deja que te hable. Es sólo un momento. Te aseguro que es para favorecerte.

—Yo no abro al primer macarra que se me presenta. Conmigo hay que pedir hora por teléfono. ¡Hala, largo…!

—Largo —dijo otra voz.

No era la de la mujer.

—Largo —repitió.

James fue a volverse.

Y el puñetazo le cogió desprevenido. Caso de imaginar lo que iba a suceder, hubiera podido prepararse, pero así lo encajó de lleno y en mitad de la cara. Fue además un puñetazo de los que tumban a un buey.

Las rodillas del joven vacilaron.

Sus pies estaban mal colocados en el borde de uno de los

peldaños. Resbaló y cayó pesadamente hacia atrás.

Otro quizá se hubiera roto la columna vertebral, pero él se derrumbó en silencio y miró hacia arriba, mientras en sus labios nacían unas gotitas de sangre. El tipo que acababa de golpearle le miró con las piernas entreabiertas, dispuesto a saltar sobre él y patearle las costillas.

Pero no lo hizo.

Quizá se dio cuenta de que no tendría la suerte de cazar otra vez desprevenido a James. Éste era muy joven, mientras que aquel tipo había sobrepasado ya los cincuenta. Fuerte y sano, desde luego, pero los años pesan.

James se restañó la sangre.

—Supongo que usted es uno de los policías —dijo roncamente.

—¿Yo…?

La chica murmuró desde arriba:

—Nanay.

—¿Es el cliente que esperabas? —preguntó James.

—Sí.

El hombre que había golpeado al detective hizo un gesto de hastío, como si no valiera la pena dedicar más tiempo al asunto, y entró. La puerta se cerró bruscamente, sin que en aquella bendita casa nadie pareciera enterarse de nada. Como sitio discreto, daba gusto.

James se puso en pie mientras dominaba a duras penas sus ansias de llamar otra vez, entrar y darle a aquel cincuentón lo que se merecía. Pero comprendió que hacer eso sería una equivocación y que le pondría en un serio compromiso. Lo mejor era aguantarse y tratar de proseguir la investigación por otro camino.

Descendió a la calle.

Y de pronto se detuvo.

Fue como un chispazo.

¿Dónde infiernos había visto antes a aquel hombre?

¿DÓNDE?

Porque lo cierto era que lo había visto.

Pero, en nombre de todos los infiernos… ¿EN QUÉ SITIO?

Salió como un borracho. Tropezó con alguien.

—Perdone —dijo.

—De nada —dijo el teniente Bandingan.

James sintió que la calle daba vueltas en torno suyo. Claro, tenía que haberlo imaginado, pero no pensaba que las cosas estuviesen tan claras ya desde aquel momento. Con un gesto de desaliento, preguntó:

—Me sigue, ¿verdad?

—Por descontado. Es lo menos que podemos hacer, ¿no cree?

—Perfecto. Pero no tiene derecho a hacerme preguntas. Déjeme en paz.

—¿Ha tenido algún problema? Y conste que eso no es una pregunta.

—Mis problemas me los paso yo. Ha sido una pelea sin importancia. Insisto en que se largue y me deje en paz.

—¿Una pelea con el tipo que acaba de entrar?

James crispó los dedos. Repentinamente se dio cuenta de que, tal como estaban las cosas, le convenía contar con la ayuda del teniente. Él jamás averiguaría quién era el tipo de arriba. La policía Metropolitana, sí.

—Favor por favor —gruñó—. Hagamos un acuerdo.

—Tal vez me convenga. Hable.

—Yo le digo todo lo que sé y usted averigua quién es ese hombre.

—Si se trata de eso, ya puede decirme todo lo que sabe, porque lo de ese hombre, está averiguado. Casi inmediatamente después de entrar usted ha llegado él, ha aparcado ante el edificio, lo ha husmeado todo y se ha ido a tomar un café bien caliente a ese bar que hay enfrente, antes de decidirse a entrar en la casa. Mientras tanto, un patrullero ha tomado la matrícula del coche, ha hecho una llamada por radio y ha pedido los datos. ¿Quiere saberlos?

—Me echaría a llorar de emoción —barbotó James.

—El tipo se llama Simmel, tiene cincuenta y dos años y es viajante de comercio. Parece que tiene antecedentes en Nueva York por cierto lío que tuvo con una menor, pero de eso hace una montaña de años y además la cosa no debió ser demasiado grave, porque los antecedentes están oficialmente cancelados. ¿Satisfecho? Y ahora dígame: ¿qué sabe usted?

James hizo un gesto de duda. El teniente no le había dicho grandes cosas, y en cambio, él tenía que decirle algo importante. Ahora se daba cuenta de que el trato quizá no le convenía, pero se

aguantó.

—Ahí vive una mujer llamada Nelly Salomons —dijo.

—Por descontado. Una
call-girl
, una de esas que reciben visitas en su casa si previamente se concierta la cita por teléfono.

—¿Lo sabían?

—La conoce mucha gente en este barrio, pero no molesta a nadie. Dentro de lo que cabe, tiene buena reputación.

Y enseguida, el teniente, preguntó, mientras sus facciones se volvían de un extraño color ceniza:

—¿Es ésa la Nelly de la que habló Marian?

—Sí.

—¿La que va a morir junto a una serpiente?

James tragó saliva.

—Sí —dijo pesadamente.

—¿Cómo lo sabe Marian?

James cerró los ojos, mientras le acometía otra vez aquella súbita, angustiosa, sensación de vértigo.

—¿Por qué me lo pregunta? —barbotó—. ¿Quiere que me vuelva loco?

Y añadió, mientras sujetaba las solapas del teniente, con expresión casi amenazadora:

—No la moleste, Bandingan. Por lo que más quiera, no la moleste. No sé qué ocurre con ella, pero bastante suplicio tiene con lo que adivina. Déjela en paz.

—Tampoco pensaba atormentarla, James. Le diré lo que voy a hacer.

—¿Qué va a hacer?

—Voy a orientar las pesquisas en tres frentes, pero para dos de ellos necesito su colaboración. Uno de los frentes consiste en encontrar al lobo humano que captaron las fotografías de Irene Nagy. Es algo aparentemente tan absurdo, que creería que he soñado, si no lo hubiera visto con mis propios ojos, pero tal como están las cosas he de aceptarlo. La segunda cuestión que he de resolver es mantener bajo control a Marian: un control discreto, pero usted me facilitará las cosas, si no se la lleva lejos. La tercera cosa que necesito es que usted me cuente todo lo que ella le diga.

Cualquier detalle que ella pueda adivinar, será de importancia vital para nosotros.

—¿Qué pasa? ¿Ya la considera una adivina profesional, teniente?

—Pienso lo mismo que usted: que no entiendo una palabra, y en la duda, procuro obtener informaciones de todas partes.

James produjo un crujido con sus nudillos.

—Procuraré ayudarle, pero hay algo que olvida, teniente; hay algo que también debe hacer.

—¿Qué es?

—Intentar que esa muchacha, Nelly, no se acerque a ninguna serpiente.

Y se alejó de allí. Todo parecía zumbar en torno suyo y la calle entera parecía dar vueltas absurdas en torno a su cabeza. El teniente Bandingan se le quedó mirando, pero no debía estar mejor que él. Creyendo meterse en el coche patrullero que le había traído hasta allí, se metió en un coche aparcado donde estaban un par de maricas. Fue la monda.

Capítulo VI

A la mañana siguiente, Bandingan le llamó al hotel. James acababa de salir de la ducha y se sentía más despejado. Pensó que era Marian que le llamaba para citarse con él, pero se llevó una buena sorpresa, al oír la voz del teniente.

—¿Qué le pasa ahora? —preguntó.

—Quiero preguntarle por Marian —susurró el policía.

—Usted debe saber mejor que yo cómo está, porque no han dejado de vigilarla ni un solo minuto.

—Se encuentra bastante mejor, ¿no?

—Supongo que sí. Anoche, cuando la dejé, estaba más tranquila.

—¿Por qué no se ha quedado en la habitación con ella?

—No me ha parecido lo más correcto. Ya le he dicho que no vivimos juntos.

—Perfecto, perfecto… Le felicito. Es usted un muchacho de buena familia, James. Por cierto, el que no parece de tan buena familia es el pájaro que estuvo ayer con la chica, el tal Simmel. De eso quería hablarle.

—¿Qué pasó con él?

—¿Sabe que le dio una paliza a la chica?

James tuvo una crispación. Aquél era un punto más de los mil puntos que no entendía en el endiablado asunto.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Es un sádico?

—Podría ser, pero no tiene antecedentes de eso, y además, hay algo que se contradice.

—¿Qué es lo que se contradice?

—Le pagó mucho más que los otros y le pidió que se retirara de esa vida.

—Un tipo extraño, ¿no?

—Sí… Extraño de veras. Hay pájaros que se compadecen de una

determinada chica y le piden que cambie de vida, pero no le dan una paliza para convencerla. Lo de ese fulano no tiene demasiada lógica, pero estoy intentando averiguar todo lo posible de su vida anterior para ver si encuentro alguna explicación; de todos modos, ése es un asunto marginal que no crea tenga nada que ver con lo que nos interesa.

—Seguramente no, pero ¿cómo ha averiguado todo eso?

—Por la misma Nelly. Entré poco después, simulando una investigación rutinaria de la Brigada de Costumbres y me encontré con el cuadro: tenía un ojo hinchado y una serie de contusiones en todo el cuerpo. Me dijo de todos modos que aquel tipo, mientras la golpeaba, no parecía sentir la menor satisfacción, o sea, que no era un sádico. Ella conoce bien a esos tipos y dijo que no, que seguro que no lo era. Yo aproveché una oportunidad para registrar la casa y ver si tenía alguna serpiente.

—¿Pero qué cree, teniente? ¿Que la gente tiene bichos de ésos en los cajones de la mesilla?

—Podría tener una. Hay gente maniática, que colecciona animales de todas clases, incluso serpientes que no sean venenosas.

—¿Y tenía alguna?

—¡Quia!

James esbozó una sonrisa. Musitó:

—Me parece que hemos llevado nuestras suposiciones demasiado lejos, teniente. Si nos dedicamos a buscar serpientes por las casas particulares nos van a acabar metiendo en el manicomio a todos. En su lugar, yo olvidaría lo que dijo Marian.

—¿Puede olvidarlo usted?

—No —confesó James.

—¡Pues entonces…!

Y el teniente fue a colgar. Pero James pareció recordar algo de pronto. Lo recordó justamente entonces, hubiera sido mejor perderla memoria. Murmuró:

—Oiga, Bandingan, con ese tipo, el llamado Simmel, me ocurrió una cosa muy rara.

—¿Qué le ocurrió?

—Estoy seguro de que lo había visto antes en alguna parte.

—¿Qué dice?

—Que lo había visto antes en alguna parte.

Hubo un silencio.

James murmuró:

—Teniente, ¿sigue ahí?

—Sí.

—¿Pues qué infiernos le pasa?

—YO TAMBIÉN HE VISTO ANTES A ESE HOMBRE EN ALGUNA PARTE, JAMES.

—Oiga… ¿Pero es que resulta que Simmel es uno de esos tipos a los que conoce todo el mundo?

—No, James, no le conoce todo el mundo. Eso podría ocurrir si fuera un personaje famoso, como por ejemplo, Kissinger, pero no lo es. Se trata de un simple viajante de comercio, que jamás ha aparecido retratado en un periódico o una revista. Por otra parte, extrañado de lo que ocurría he hecho el experimento con otras personas: he enseñado a docenas de agentes el retrato que hicimos a Simmel desde el interior del coche patrullero, y nadie recuerda haberlo visto en ninguna parte. No se parece tampoco a ningún famoso. En resumen, es un fulano al que antes de hoy hemos visto solamente usted y yo, PERO SIN HABERLO VISTO REALMENTE EN NINGUNA PARTE.

James se estremeció.

Porque aquellas palabras daban en el secreto, daban en la llaga, daban en el punto exacto en que él no hubiese querido penetrar. Estaba convencido de dos cosas: de que había visto antes a Simmel, y de que sin embargo, no lo había visto antes en ningún sitio. Conciliar ambas verdades, que a él le parecían indestructibles, era como para empezar a darse de cabeza contra las paredes y volverse loco.

Bandingan susurró:

—¿Qué piensa, James?

—Nada. Prefiero no pensar.

Y colgó.

Sentía un extraño frío.

Salió de su habitación y fue a la de Marian para ayudarla a salir de allí. Para dar los dos juntos una vuelta que les sentaría bien. Quería estar animado, pero no podía. La idea obsesionante, la idea maldita, la idea cruel le quemaba en el fondo de los ojos y le barrenaba sin remedio la cabeza.

* * *

Durante un día más, nada sucedió. Los hombres de la Metropolitana vigilaron sin cesar a James y Marian (él lo notaba, ella no) y no quitaron tampoco ojo de encima a Nelly Salomons, aunque la vigilancia que ejercieron con ésta fue de carácter distinto. Lo que trataban de saber era si visitaba algún sitio donde hubiera serpientes: un Zoo, un circo, una colección privada, el estudio de un naturalista… Lo que había dicho Marian acerca de su muerte no tenían por qué creerlo, pero sin embargo, aquellas palabras habían llegado a obsesionar a un grupo de hombres que se movían por la ciudad como los fantasmas se mueven entre las pesadillas.

Y resultó que en ese sentido no había peligro.

Nelly no se acercaba a nada que pudiese parecer una serpiente. ¿Para qué? Tampoco parecía tener enemigos. Y el tipo que la golpeó en su casa, el llamado Simmel, no había vuelto a aproximarse a ella. Vigilado igualmente por la policía, llevaba la vida normal y rutinaria que hubiera podido llevar un perfecto viajante de comercio.

Veinticuatro horas más tarde, la vigilancia empezó a relajarse. No había motivo para creer en una predicción tan absurda como la que había hecho Marian. El teniente Bandingan fue llamado para otra misión y abandonó en parte aquel asunto. Los hombres que estaban al acecho de Nelly Salomons tampoco demostraron un interés excesivo. Por otra parte, la pájara empezó a recibir visitas de nuevo, y un policía de los que estaban liados con ella y cobraba por la «protección», se las ingenió para que el servicio de vigilancia fuera retirado. Alegó ante el fiscal del distrito que todo aquello era anticonstitucional y que podían tener un serio disgusto.

Al tercer día, pues, podía asegurarse que nadie se preocupaba de nadie entre todos los que estaban envueltos en aquel asunto. Únicamente James cuidaba de Marian, pero sin mencionar para nada lo que había ocurrido. Lo único que ansiaba era que la muchacha se pusiera bien, que recobrara su equilibrio espiritual y que dejara de tener crisis durante las cuales adivinaba cosas siniestras.

Fue al atardecer de esa tercera jornada cuando Nelly Salomons despidió a una de sus visitas, se arregló cuidadosamente y salió de su apartamento convertida en una mujer elegante y que sin

embargo, no tenía nada de provocativa. Tomó un taxi y se hizo conducir al inmenso cementerio que hay en el distrito de Queens, cerca del aeropuerto Kennedy.

Nadie conocía aquella costumbre de Nelly Salomons, porque Nelly cobraba por ser una mujer alegre y además procuraba serlo, pero en su interior palpitaba una oculta tristeza. En casi todas las vidas de los profesionales del buen humor, en casi todas las vidas de las profesionales del placer, hay dolores recónditos y ocultos que nadie adivina. Pero que existen.

El dolor recóndito de Nelly se ponía de manifiesto sólo una vez al mes, pero en esas ocasiones, ella era absolutamente sincera. En esas ocasiones se transformaba en una mujer sencilla, que iba a llevar un ramo de flores al cementerio de Queens, depositándolas en una modesta tumba, donde había un solo nombre: «Mary».

Varios años antes, cuando aún no se había iniciado en aquella vida, Nelly había tenido una hija y aquella hija murió. Jamás hablaba de ella, pero estaba en el fondo de su pasado como una sombra dolorosa. Cuando Nelly Salomons compraba las flores, cuando se detenía ante la tumba, le parecía que su pequeña hija velaba por ella y la ayudaría a encontrar el buen camino. En esta ocasión, en la tarde brumosa, penetró en el inmenso cementerio como si el tiempo no existiera, como si Mary aún estuviese viva y entre las dos se pudiera crear una especie de misteriosa comunicación.

Pese a que la vigilancia se había relajado, no se había extinguido por completo. Un policía situado ante el domicilio de Nelly denunció por teléfono que ella salía, aunque no la siguió. El teniente Bandingan tuvo un momento para ordenar a un patrullero que siguiera al taxi. El patrullero envió un mensaje por radio media hora después.

—Ha llegado al cementerio de Queens. ¿Qué hacemos?

—¿Se ha encontrado con alguien? —preguntó el teniente.

—No. Ha comprado un ramo de flores y se ha dirigido al interior. Seguro que va a visitar una tumba.

—¿Hay alguna presencia sospechosa en el cementerio?

—¿Qué cuerno va a haber?

—¿Y alguna serpiente?

—Oiga, teniente, ¿qué nos pasa a todos? ¿Es que hemos bebido?

—Tenéis razón. Ya podéis largaros. Tengo un trabajo más importante para vosotros en la zona C.

—De acuerdo, allá vamos. Corto.

Mientras tanto, Nelly había ido avanzando entre las tumbas, por un camino en el que no había ni siquiera árboles. Nada tan triste, tan inmenso, tan «industrial» como el cementerio de Queens, bordeado por las fábricas. Nada tan solitario, tan miserable en cierto modo. La gran ciudad lo olvidaba, lo marginaba, lo engullía. En pocas palabras, los muertos «estaban de más».

La mujer se detuvo ante la tumba.

Depositó las flores.

Y entonces, sólo entonces pareció darse cuenta de que había ido allí más tarde que otras veces, que empezaba a crecer la oscuridad y que dentro de unos minutos, no se vería a pocos pasos. Los días eran cortos en aquella estación del año, y además el cielo estaba tan encapotado, que apenas se filtraban unos rayos de luz.

Permaneció quieta durante unos momentos, sumida en sus recuerdos, sin darse cuenta de que las sombras se hacían más y más espesas. El profundo dolor que aún sentía le hizo olvidarse nuevamente de aquel detalle. Pero de pronto le dominó otra sensación, una sensación siniestra e incontrolable de que alguien la estaba acechando.

Movió la cabeza.

Sabía que la policía la vigilaba por alguna razón, y ahora imaginó que debía ser algún agente el que merodeaba por allí. No hizo caso.

Fue avanzando hacia la salida. Oía el *tac-tac* de sus tacones sobre el asfalto del sendero, pero aquel *tac-tac* era distinto del de otras veces. Tenía la sensación de ser la única persona viva de este mundo. La oscura sensación de que sombras lejanas y llegadas de otro planeta la estaban acechando.

Movió la cabeza con un rápido gesto.

Eran aprensiones. Tenía que olvidarlas.

Pero la sensación de que alguien se movía entre la niebla, de que la acechaba, de que estaba cada vez más próximo, se llegó a convertir en algo angustioso. Ahora estaba segura de que oía otros

pasos. *De que alguien se encontraba cerca.*

Hizo más rápidos sus movimientos.

No podía negar ya que sentía miedo. Tenía que llegar a la salida cuanto antes. Tenía que llegar. *Llegar…*

Vio la señal: «EXIT» (SALIDA). Indicaba a la derecha, como siempre. Siguió por allí, convencida de que dentro de poco estaría entre las riadas de coches que iban hacia el Lincoln Tunnel y la parte baja de Manhattan. Después de tanto tiempo viniendo allí, conocía, incluso, los pasos que había entre la señal y la salida. Unos sesenta.

Y los hizo.

De pronto, Nelly se detuvo confusa. ¿Qué sucedía? ¿Por qué no había llegado a la salida ya? ¿Dónde estaba?

Sus ojos desencajados vieron entonces un panorama de tumbas desconocidas, de senderos ignorados. Allí, la neblina se había disipado un poco, permitiéndole ver algo que no entendía. Y eso era precisamente lo que la llenaba de horror.

Estaba en un sitio ignorado.

EN UNA PARTE DEL CEMENTERIO QUE NO CONOCÍA.

Se detuvo confusamente, mientras su cerebro trabajaba a una horrible presión. Lo que acababa de suceder sólo podía tener dos explicaciones: o que ella había seguido mal la indicación de la señal, cosa absurda, porque la conocía perfectamente, o que… la señal había sido cambiada de sitio. Que indicara un camino situado bastante antes que el que convenía tomar.

Nelly Salomons sintió que sus rodillas flaqueaban.

Alguien había cambiado la señal de sitio para llevarla a un sitio desconocido y más solitario aún. A un sitio… ¡dónde podía atacarla desde las sombras!

Giró sobre sí misma.

Pero no sabía adónde ir. Estaba aterrada. Notó como si los pies se le hubieran clavado en el suelo para siempre.

Y, sin embargo, allí no parecía acecharle ningún peligro. No había ninguna persona, no había ningún animal, no había, por ejemplo, ninguna serpiente. Sólo estaban los muertos. Miles y miles de muertos. Pero ninguno de ellos podía causarle daño, porque los muertos nos contemplan desde la lejanía.

Fue a buscar de nuevo la salida.

Pero cada vez se encontraba más perdida, más encerrada en aquella especie de círculo fatídico. Se adentró entre varias tumbas más. La desesperación la acometió y de repente, exhaló un gemido, porque la oscuridad era ahora casi impenetrable, casi completa, casi angustiosa.

De pronto vio la figura.

Vio la muerte.

Y en su garganta se formó una única, una desesperada pregunta: «¿POR QUE?». Aquella figura nada podía tener contra ella. Al contrario. En aquel rostro había algo que… ¡Algo que le hubiera debido hacer confiar!

Pero la muerte estaba allí. La muerte estaba en las manos, en el aire. Estaba en aquellos ojos conocidos. En aquella boca.

Nelly Salomons cayó de rodillas.

No entendía nada, y precisamente porque no entendía nada, el horror había penetrado hasta su sangre y hasta sus nervios. De su garganta escapó un leve gemido.

Solamente dijo:

—Noooo…

El cuchillo penetró poco a poco.

Como una caricia.

El acero era una maldición, pero era una maldición casi dulce.

Lo último que vio fue aquella figura sinuosa. Lo último que vio fue que había caído casi debajo de la serpiente.

CAPÍTULO VII

Las hermosas piernas de la mujer ascendieron por el camino.

Irene Nagy tomó su cámara. La enfocó hacia el cadáver.

FLAP… FLAP…

El ruido del disparador sonaba extrañamente denso en aquel silencio. Irene Nagy sintió angustia. Había visto muchos muertos, pero la mujer que ahora tenía a sus pies le producía una sensación especial. Movió la cámara para enfocar hacia otro punto.

—¿Interesa esa lápida también? —preguntó.

La lápida era bastante grande y una de las más ricas de la zona. Sobre ella, esculpida en la piedra, se veía una gran serpiente enroscada a la copa. Era el distintivo universal de los farmacéuticos.

Pero la serpiente llamaba realmente la atención. Estaba muy bien hecha. Debajo, una inscripción ya bastante desgastada decía: «RUFUS KELLER, FARMACÉUTICO DE QUEENS - 1919».

El teniente Bandingan no contestó.

Ella miró su cara lívida.

Y la cara de aquel otro hombre.

Lo recordaba muy bien: era el detective privado que había estado en el apartamento del Bronx cuando asesinaron a la señora Nader. Ahora aquel hombre alto, atlético, un hombre que impresionaba, parecía haber empequeñecido y su palidez resultaba alarmante, casi trágica. Irene captó aquel silencio macabro que flotaba entre los dos, aquella especie de amenaza secreta que palpitaba en el aire.

Insistió:

—Por favor, ¿interesa también la lápida?

—Sí.

Era James el que había contestado. La máquina volvió a funcionar. Los policías adscritos a la Brigada de Homicidios medían

distancias y buscaban huellas, aunque resultaba difícil sacar algo positivo. Por el cementerio, durante el día, pasaba bastante gente, incluso los obreros que querían acortar camino hacia la fábrica que estaba detrás.

—¿Puedo irme?

Los dos hombres giraron a un tiempo como si de pronto se dieran cuenta de que aquella preciosa muñeca les estaba hablando. El teniente Bandingan dijo con voz velada:

—Sí claro que sí. La acompaño.

James vino también. El elegante «Chevrolet» parecía una sombra perdida entre la neblina. Irene Nagy se detuvo en un parador que estaba casi a la entrada de Manhattan.

—Creo que todos necesitamos tomar algo —dijo—. Yo invito.

—Invito yo —susurró James—. Gracias.

Tomaron asiento en torno a la mesa como si fueran tres convidados a su propio funeral. Ni el fuerte *whisky* de Kentucky les animó. Parecía como si fueran incapaces de arrancar de sus labios una sola palabra.

Fue al final James el que preguntó, mirando al teniente:

—¿Quién la ha descubierto?

—Un vigilante, esta mañana.

—¿La conocía?

—Sí. Ella venía todos los meses. Tenía una hija enterrada en otro sector; eso lo sabía muy poca gente.

—Pero si la tenía en otro sector, ¿cómo se metió ahí? Ése es un sitio que precisamente no conduce a ninguna parte…

—¿Y quién lo sabe? ¿Quién puede explicar este maldito misterio? ¿QUIÉN?

Los dos hombres se miraron a los ojos. Pareció saltar entre ambos una chispita de hostilidad. Al fin fue James el que susurró:

—¿Pero cómo es posible? Dios santo… ¿cómo es posible?

—Ella lo adivinó —dijo sombríamente Bandingan.

—No tiene ningún sentido. Es como una cosa de ultratumba… ¡No tiene absolutamente ningún sentido!

—¿Y qué cree que pienso yo? Hemos vuelto a la brujería, hemos vuelto a la Edad Media. Imagino que dentro de poco tendré que dejar la Metropolitana para pedir que me hagan ingresar como guardián en cualquier manicomio del municipio.

Irene Nagy farfulló mientras miraba a los dos alternativamente:

—¿Pero qué es lo que están hablando? ¿Quién adivinó esa muerte?

—No hay inconveniente en que lo sepas —dijo sombríamente James.

Y explicó todo lo que hasta aquel momento sabía él mismo. Notó que el rostro de la hermosa muchacha iba cambiando hasta que lo cubrió una palidez cerúlea. Los dedos de Irene temblaron y estuvieron a punto de hacer volcar el vaso que había sobre la mesa.

—Eso es imposible —barbotó al fin.

—Claro que es imposible, pero ha ocurrido.

Hubo un nuevo silencio entre los tres. De pronto parecían estar todos sumidos en un mismo pensamiento que les aterraba. Fue James, al fin, el que rompió aquel silencio para barbotar:

—Seamos prácticos. Usted puede haber averiguado algunas cosas, teniente, y la primera de ellas es: ¿tenía enemigos Nelly Salomons?

—Ninguno.

—¿Alguna mujer envidiosa? ¿Alguna rival?

—No.

—¿La esposa de algún tipo con el que se entendiera?

—Imposible. Era muy discreta.

—¿Un novio desengañado?

—Hemos investigado bien sus relaciones. No.

—¿El padre de la niña que está enterrada en Queens?

—Narices. He hecho mirar en el Registro Civil. Murió hace cosa de un año, pero Nelly no le llevó jamás flores. No parece que conservara muy buen recuerdo de él.

—¿El fulano que la golpeó?

—¿Qué fulano?

—¿Ha perdido usted la memoria? Estoy hablando de Simmel.

—Nada —dijo Bandingan pesadamente—. Él no pudo hacerlo, porque estos días ha estado vigilado, aunque los agentes cometieron una serie de distracciones. Por si acaso, he estado siguiendo sus últimos movimientos uno por uno. Su coartada es indestructible.

—¿Por qué es indestructible?

—Tuvo un altercado por una cuestión de tráfico y se ha pasado la noche en un precinto de policía.

James hundió la cabeza. Se sentía aterrado, confuso. Ya no sabía qué pensar. Intentaba llevar las cosas con lógica y de repente todo se estrellaba ante la barrera de lo absurdo.

—Entonces, es imposible —barbotó.

—¿Y el hombre cuya fotografía yo revelé? —preguntó Irene—. ¿Y aquel monstruo?

—Hemos estado cribando Nueva York hasta las alcantarillas —contestó el teniente—. Yo no sé si habrá hombres lobo en el Tíbet, pero lo que sí puedo asegurar es que aquí no hay ninguno.

—Entonces aquella fotografía…

—Ésa es una de las cosas que no se pueden explicar. Ésa es una de las cosas que no tienen sentido.

Y hubo un nuevo silencio cargado de presagios. James dijo al fin con voz espesa:

—Me llevaré a Marian de aquí.

—¿Y piensa que por eso no va a adivinar más crímenes?

—Al menos no los dirá. Ya es algo.

—No, no… —le interrumpió el teniente—. Sería peor. Hablando de los crímenes, nos pone sobre aviso. La muerte de Nelly pude haberla evitado yo, si no hubiese apartado de aquí al patrullero que la había seguido. Me siento responsable.

—Ya es tarde para lamentarlo, teniente.

—¿Por qué?

—Porque la ha matado el demonio.

La frase quedó flotando en el aire, se metió en sus cabezas, les llegó a hacer daño. Todos se miraron aturdidos. Al fin James se puso en pie y susurró:

—No puedo más. Creo que me voy a volver loco.

Dejó sobre la mesa el importe de lo que habían bebido y se alejó con paso inseguro hacia la puerta. La muchacha también se puso en pie.

—Le acompaño —dijo—. ¿Viene, teniente?

—No. Un patrullero tiene que pasar por aquí dentro de poco y me recogerá… ¿Cuándo estarán listas las fotografías, señorita Nagy?

—Dentro de dos horas.

Ella se sentó al volante y condujo. El *raaaas… raaaas* del limpiaparabrisas era lo único que rompía el silencio, pues se había puesto a llover. La atmósfera era tan densa que apenas se podía ver

a veinte pasos. De vez en cuando, al surgir la mole rugiente de un camión, parecía que se fuera a echar encima.

Irene musitó:

—¿Un cigarrillo?

—Gracias.

—¿A qué sitio de Manhattan vas?

—Al hotel Edison.

—Te dejo allí.

Fumaron en silencio. La calma se iba adueñando de los dos, les iba adormeciendo. Cuando entraron en Manhattan, James se sentía mucho más tranquilo, y eso que no habían intercambiado ninguna palabra más. Sólo mientras remontaban la Tercera Avenida, ella bisbiseó:

—No tiene sentido, ¿verdad?

—Ninguno.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé.

—¿Quieres que me quede un tiempo junto a Marian?

—¿Y por qué tú?

—Oh, no porque sea ni más lista ni más tonta que las demás. Es que a veces las mujeres nos entendemos mejor, ¿sabes? Simple cuestión de sensibilidad.

—Gracias, pero si ella te viera, supongo que sentiría desconfianza. Imaginaría que la están interrogando.

Y descendió. Lo último que vio fue aquella larga y esbelta pierna que presionaba el pedal del gas. Dijo maquinalmente:

—Gracias.

Y fue hacia el hotel. Tropezó con la entrada. El portero, que había visto la clase de magnífica mujer que le acompañaba, pensó que aquel tipo estaba mareado aún.

Pero se equivocaba. James no pensaba en la mujer, sino en el diablo.

Aunque muchos oscurantistas los confundan, no son lo mismo.

CAPÍTULO VIII

Marian estaba muy quieta. Tenía las facciones casi grises. Cuando oyó que James entraba, no se volvió.

Pero su voz sonó vacía, casi inaudible, como si llegara de una infinita distancia.

—Te han llamado por *eso*, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—Hace poco, la policía te ha llamado. Yo sé perfectamente que lo ha hecho porque aquella mujer ha sido asesinada. La han matado, ¿verdad?

—¿A Nelly Salomons?

—Sí.

James tuvo un estremecimiento. De pronto los nervios le fallaron y algo se disparó en él. Sujetó a la mujer por ambos brazos. La levantó como si fuera una pluma.

—¿Pero cómo lo supiste? —barbotó—. ¡Habla y dime cuál es tu secreto! ¡Dímelo! ¡Habla de una vez, maldita!

La cabeza de la muchacha iba de un lado para otro. El zarandeo resultaba cruel. Sus ojos estaban extraviados.

James se dio cuenta entonces de lo estúpido que era todo aquello. No tenía derecho a preguntar y mucho menos a zarandearla. De pronto la volvió a depositar con cuidado en la butaca, como si ella fuese una joya que pudiera romperse.

—Perdona —susurró—, no me he dado cuenta de lo que hacía.

—Es natural. Después de lo que ha ocurrido…

—Por favor, Marian… —Él sentía como si las fuerzas estuvieran a punto de fallarle—. Puedes ser sincera conmigo, absolutamente sincera. ¿Cómo lo has sabido?

—¿Saber, qué?

—Lo de esas dos muertes. Lo que ocurriría.

—Te equivocas, James. En el caso de la señora Nader, ya había ocurrido.

—Pero nadie lo sabía aún. La víctima estaba sola y no la habían descubierto. ¿Cómo lo supiste?

Ella había palidecido más aún. Las manos le temblaban. Con expresión ausente, balbució:

—A veces tengo miedo de mí misma.

—Yo también voy a acabar por tenerlo, Marian. Miedo de ti, aunque parezca absurdo… Pero discúlpame si insisto: ¿cómo lo adivinas?

—No lo sé. Si lo supiera, te juro que te lo explicaría. Pero es como un chispazo, ¿sabes? De pronto lo veo. Se borra. Lo vuelvo a ver… Capto la escena como si la tuviera ante los ojos, y de repente se difumina. Eso es todo. Así de sencillo, ¿verdad? Y así de complicado.

Él suspiró con desaliento. Tenía los nervios tan rotos que le costaba respirar. Con voz velada dijo:

—¿Por qué no salimos un momento? El aire puro nos hará bien.

—Yo he salido ya.

—¿Dónde has estado?

—No sé. Por ahí…

—¿Te ha seguido la policía?

—No, me parece que no. En cambio, cuando he vuelto, me ha parecido ver algunas cosas cambiadas. Han debido ser las mujeres de la limpieza.

—O los mismos policías —dijo él, con expresión preocupada—. Seguro que han estado instalando micrófonos.

Pero no quiso empezar a gatear para buscarlos. Al fin y al cabo, todo lo que le dijera la muchacha, también pensaba contárselo al teniente, de modo que no valía la pena andar con secretos. Le tendió el abrigo.

—Salgamos un momento —dijo—. No puedo estar más tiempo aquí encerrado.

Anduvieron por las calles ruidosas, las calles cargadas de pequeños establecimientos casi míseros y que contrastaban enormemente con la idea de ciudad rica que él había tenido cuando llegó a Nueva York. Los dos se deslizaban en silencio, como sombras. Llegaron así hasta la Avenida Doce, hasta el Hudson, hasta

el gran río del que se desprendía una inmensa sensación de soledad.

James musitó:

—El río me calma los nervios.

Y era cierto. Pero no se dio cuenta de que la expresión de Marian cambiaba, no llegó a advertir que sus facciones se habían crispado bruscamente. Que el cuerpo femenino se había tensado como un arco que va a romperse.

Y de pronto *aquello* estalló. Algo pareció romperse para siempre, de un modo incontenible. La muchacha lanzó un sordo gemido. Fue a avanzar hacia el agua.

—Aquella mujer… —balbució.

James pareció escapar de un sueño. Balbució:

—¿Qué mujer?

—La que está en el agua…

No había ninguna mujer en el agua. James se dio cuenta con horror de que era la misma alucinación del tren.

Intentó sujetarla, pero ella estaba crispada, tan crispada que se le iba de entre los dedos. La garganta femenina se rompió en un grito:

—¡Aquella niña que está allí! ¡No dejéis que la toque! ¡Nooooo! ¡No dejéis que toque a la muerta!

James tiró de ella hacia atrás. Estaba desesperado. Con voz que todavía quería ser calmosa, murmuró:

—Pero, Marian, por Dios… Las aguas del río bajan normales. No hay ninguna niña y mucho menos ninguna muerta…

—¡No dejéis que la toque! ¡Ella tiene miedo! ¡No la dejéis…!

El último grito había sido angustioso. Un par de transeúntes acudieron. De pronto, la muchacha fue a dar un salto con todas sus fuerzas, pero no pudo escapar del cerco que formaban los brazos del hombre.

Y se dobló hacia delante.

Se desmayó.

Uno de los transeúntes ayudó a tenderla en el suelo. Otro dijo con expresión tranquila:

—No hay que preocuparse. Es un ataque de epilepsia.

—¿Llamo una ambulancia? —preguntó el primero.

—No, por favor. Un taxi.

El taxi llegó cuando ya se había formado un corro en torno a

Marian. Mientras abría la portezuela, el conductor gruñó con aspereza:

—Supongo que esa mujer no se pondrá a vomitar dentro…

No, no había peligro de eso. Marian iba recobrando el sentido. Entró por su propio pie en el taxi y se derrumbó en el asiento.

Tenía los ojos vacíos.

Muertos.

De pronto, parecía no recordar absolutamente nada.

—Vamos al Edison —pidió James.

Durante el camino, habló a la mujer de cosas indiferentes. Ella parecía no escucharle. Una vez en el hotel, se derrumbó en la cama.

Y entonces lo dijo. Entonces fue cuando habló de la tercera persona que tenía que morir.

CAPÍTULO IX

James le había dado un poco de licor. Ella bisbiseó:

—No.

—Bebe. Te sentará bien.

—Por favor… Déjalo, es inútil.

—¿Quieres que llame al médico?

—¿Para qué? No podría hacerme nada. La última vez me dio calmantes, y los calmantes de poco sirven.

—¿Crees que podrás dormir?

—No, no podré dormir. Claro que no. Tengo la imagen clavada aquí… *¡aquí!*… en el centro del cerebro.

—¿Qué imagen?

—Un hombre.

El joven pestañeó. Otra vez la sensación de frío volvía a pasar por él. Bebió de un trago el *whisky* que había preparado para Marian y luego se volvió bruscamente hacia ésta.

—Duerme —dijo sin querer dar importancia a aquello—. Más vale que descanses.

Ella movió la cabeza negativamente.

—Te he dicho que es inútil —farfulló.

—¿Por qué?

—Por ese hombre.

—¿Cómo es ese hombre? —susurró al fin James, sin tiendo que la palidez iba cubriendo su rostro.

—Joven.

—¿Lo conoces?

—No.

—¿Entonces, cómo es posible que lo veas?

—No sé… Lo tengo ante los ojos, eso es todo.

—¿Sabes dónde vive?

—No lo sé.
—Al menos está en la ciudad…
—Sí, al menos eso sí. Lo veo en una calle donde hay mucha gente. Es estrecha, aunque distinguida. Muy cerca existe un cementerio.
—¿Una calle distinguida cerca de la cual existe un cementerio? Las calles distinguidas no las construyen junto a los camposantos, Marian. ¿Qué pasa?
—Te digo lo que tengo entre los ojos —susurró la muchacha con la mirada perdida—. Sólo eso: lo que tengo entre los ojos. Veo esa calle y el cementerio y no puedo decirte más. La gente de esa calle va bien vestida.
—Sigue… —murmuró James, queriendo concretar la conversación—. ¿Conoces el nombre de esa persona?
—No.
—¿Ni aproximadamente?
—No, ni aproximadamente.
—¿Su edad?
—No sé, podría tener unos años más que yo.
Marian hablaba casi como si estuviera en trance, con los ojos entrecerrados y la mirada vacía. La tensión de su cuerpo era espantosa, tanto que James temió una nueva crisis. Pero nada sucedió.
—¿Viste bien? —preguntó.
—Sí. Como los otros.
—¿Y qué va a ocurrir con él?
—Morirá.
James dominó un estremecimiento, porque la voz de la muchacha al pronunciar; aquella palabra había sido quieta, sincera y profunda. Mientras le tomaba las manos para que se sintiese alentada, preguntó:
—¿Morirá de qué manera?
—Lo ahogará un obispo.
Un martillazo en el cráneo no hubiera producido más sorpresa ni más aturdimiento en James. De todas las cosas absurdas y horribles que últimamente había oído, aquélla era la más horrible y la más absurda. La sensación de que la muchacha se había vuelto loca, fue inevitable. Con voz ahogada, susurró:

—Por favor, Marian.

Pero ella ya había caído hacia atrás, encima de la cama. Ya respiraba agitadamente, con la boca abierta, y había bajado los párpados. Lo suyo no era un sueño, sino una terrible postración. James se apartó poco a poco, mientras le dominaba de nuevo aquella sensación de incredulidad y horror.

Si lo del obispo asesino se lo hubiera dicho Marian antes de las dos muertes, se hubiese echado a reír, pero ahora ya no era capaz de reírse por nada. Podía decirse que la risa se le había muerto, se le había ahogado para siempre en la boca. Sus ojos incrédulos pasearon por la habitación, como si el mundo real no existiera, como si él acabara de dejar atrás los límites conocidos de la vida para entrar en los linderos misteriosos de la muerte.

Se dio cuenta de que ella seguía respirando agitadamente, pero sin duda dormía. Se puso nuevamente el abrigo y salió de la habitación. No podía resistir más tiempo allí, pese a que el ambiente de aquel cuarto era agradable. Llegó como un borracho a la calle, donde dos policías enormes, de dos metros cada uno, intentaban controlar un embotellamiento de tráfico.

Se puso maquinalmente un cigarrillo en los labios.

—¿Fuego?

Bueno, ya lo esperaba.

Era inevitable que Bandingan apareciese por allí. Eran inevitables sus ojos duros, su boca recta y su gabardina ligeramente sucia.

—Muy bien puestos los micros —dijo James con voz de asco.

—No lo sabe usted bien.

—Y con altavoces acoplados en otra habitación del hotel, por lo que deduzco. Una cosa perfecta, ¿no? Han oído todo lo que decía Marian desde la primera a la última palabra.

Bandingan quiso mostrarse conciliador.

—Vamos, le invito a un trago —dijo—. Ahí enfrente tienen licencia para las bebidas alcohólicas. Hay un *scotch* de doce años que es cosa fina.

—No tengo malditas ganas de beber. Déjeme en paz, Bandingan.

—Ya me hago cargo de que lo de los micros es ilegal, James. Si quiere, puede denunciarme al fiscal del distrito. Hará buen negocio, ya que él me la tiene jurada.

—No quiero meterme con usted, teniente, pero no se meta usted conmigo. Imagine que Marian y yo nos quisiéramos y nos encontráramos en su habitación. Con eso de los micros, hubiera sido divertidísimo, ¿no?

Las facciones del teniente se oscurecieron.

—Usted sabe que aquí no hay nada que sea divertido, James —dijo.

Y entraron en el bar, después de cruzar la calle, como si supieran que no podían hacer otra cosa.

James susurró:

—Por consiguiente, lo ha oído todo, ¿verdad?

—Todo.

—Está bien; no crea una palabra. Olvídelo.

—Lo olvidaría si no se hubieran producido ya dos muertes, amigo mío. Después de eso, no puedo tomar nada a broma. ¿Sabe que hemos detenido ya a más de diez personas?

—¿Relacionadas con esos crímenes?

—Aparentemente, sí. Puesto que la fotografía obtenida en el apartamento de la señora Nader nos mostró a un lobo humano, hemos estado buscando a un lobo humano por todos los rincones de la metrópoli. No, no se ría… Hay tipos más feos y más monstruosos de lo que usted imagina, aunque no vayan mostrándose por ahí. Todos los que pudiesen tener algún parecido, aunque fuera remoto, con aquella fotografía, han sido detenidos e interrogados. Pero al fin hemos tenido que dejarlos en libertad.

—No estaban relacionados con el caso, ¿verdad?

—No, de ninguna manera.

—Pero aquella fotografía no mentía…

—No, no mentía. La señorita Nagy y otros expertos han acreditado su autenticidad. Lo que ocurre es que la penumbra de la habitación, pese a lo sensible que era el objetivo, no nos ha permitido distinguir con detalle la figura.

—Vayamos a lo que interesa, James. Usted lo sabe.

—¿Ese joven?

—Sí.

—Oiga, no hay ningún obispo que cometa crímenes. Es la cosa más absurda, más ridícula, más grotesca que he oído en mi vida.

—Poco a poco, James.

—¿Poco a poco, qué…?

—No todos los obispos son católicos. A ver si nos entendemos. Los hay anglicanos, los hay presbiterianos, los hay baptistas, los hay mormones… Todos me merecen el mismo respeto, por supuesto. No imagino a ninguno de ellos ahogando a un hombre.

—Pues entonces…

—Pero en Estados Unidos hay también muchas sectas, muchas religiones extrañas. Si le explicase cuántos tipos raros han inventado aquí una religión a su medida, se asombraría. No hay más que asomarse a Greenwich Village un domingo por la mañana a ver a los que predican.

—He pasado muchos domingos por la mañana en Greenwich Village, teniente. Me hice detective en Nueva York, aunque luego haya trabajado fuera.

—Bueno, pues cualquiera de ésos podría cometer un crimen, ¿entiende? No es tan imposible. O sea, que ahora tendré que centrar mis investigaciones en los «obispos» de religiones extrañas, todos los cuales se han nombrado a sí mismos. Lo terrible es que durante dos años seguidos de investigar, apenas habré tenido ocasión de penetrar un poco en toda esa maraña. Y el asunto corre una angustiosa prisa…

James estaba de acuerdo, aunque no quiso decirlo. Mientras terminaba su *whisky*, balbució:

—¿Y qué me dice del hombre?

—¿Quién?

—El de las palabras de Marian. Usted las ha oído tan bien como yo. El hombre que va con frecuencia a una calle distinguida cerca de la cual hay un cementerio.

—Absurdo —dijo.

—¿Se da cuenta de que todo lo es, desde la primera palabra a la última? ¿A qué viene eso de hacer caso a una mujer que está loca?

—Pero usted la quiere, James.

—Deseo protegerla.

—¿La quiere o no?

Él se mordió el labio inferior. La pregunta le colocaba en una disyuntiva que ni él mismo había querido contestarse.

—Naturalmente que la quiero. Nadie tiene derecho a pensar lo contrario.

—Pues entonces, comprendo muy bien su actitud, James. En fin… De todos modos reconozco que es absurdo. Sí… Como usted dice, absurdo de la primera a la última palabra. No sólo los obispos no ahogan a la gente, sino que no existen calles distinguidas junto a los cementerios. Más vale que lo olvidemos. A su salud.

Y los dos alzaron los vasos. Bebieron un sorbo. De pronto, James sintió que el licor le abrasaba la garganta y que estaba a punto de salirle hasta por las orejas.

—¿Qué le pasa? —preguntó Bandingan.

—Esa calle…

—¿Qué?

—Acabo de darme cuenta… ¡esa calle existe!

—¿Dónde está?

—Aquí, en Nueva York.

Hubiera preferido no decir aquello, porque así demostraba que las palabras de Marian eran verdad, pero ya no podía evitarlo. Mientras sus dedos se cerraban nerviosamente en torno a la barra, gruñó:

—Usted y yo hemos pasado por ella muchas veces, teniente. Claro que es una calle distinguida, aunque ella no lo ha dicho en el sentido de que se trate de una calle elegante ni residencial. Pero en el sentido comercial es, probablemente, la calle más distinguida de Nueva York. Se trata de Wall Street. Y muy cerca, casi junto a su entrada, está el viejo cementerio holandés, que ahora viene a ser un jardín vallado, en el que ya no se entierra a nadie. Por lo tanto… ¡por lo tanto, ella ha dicho la verdad!

Una palidez cerúlea cubría ahora su rostro. Mil veces hubiera preferido no hablar y sin embargo, lo había hecho. Se dio cuenta de que el teniente también estaba muy pálido, aunque seguramente, él también habría llegado a aquel descubrimiento más tarde.

—Ahora, sólo me queda por hacer una cosa —dijo con un soplo de voz—: hallar a un obispo que sea capaz de asesinar a alguien.

James dijo mientras el vaso casi resbalaba de entre sus dedos:

—Casi nada…

Capítulo X

La vigilancia de Wall Street por parte de la policía se hizo intensa, casi angustiosa, a lo largo de las dos jornadas que siguieron. Pero Wall Street es una de las calles más difíciles de vigilar en Nueva York, precisamente por su ajetreo en horas laborables y por la gran cantidad de personas de importancia que acuden a ella. Si esas personas de importancia tienen la sensación de que se las vigila, son capaces de armar un lío incluso en el Senado de Estados Unidos. Cuando uno tiene varios millones en cuenta corriente, lo menos que puede pedir es que la policía no le vigile a él, sino a los otros.

Por eso resultaba difícil llegar a alguna conclusión. Policías que parecían bolsistas y corredores de comercio se situaron en los edificios, en las oficinas de los agentes de cambio y bolsa y en el propio interior de la lonja de contrataciones. Miles de personas fueron observadas, pero la primera pregunta que había que hacerse era ésta: ¿a quién demonios hay que vigilar?

Lo que estaban haciendo no conducía a nada. No sabían a quién debían prestar atención. Y por eso, al cabo de dos días, Bandingan cambió de táctica y se limitó a colocar una máquina cinematográfica en un coche y otra en una ventana baja que dominaba la calle. Gracias al gran angular y a la perfección del *zoom*, pudieron obtenerse a veces visiones de conjunto y primeros planos perfectos. Toda la animación y la vida de Wall Street fueron captadas durante horas y horas.

La tercera noche, la misma Irene Nagy, que había manejado una de las cámaras, proyectó la película en una de las dependencias de la policía. Duraba más de dos horas y para un espectador cualquiera, hubiese resultado de un aburrimiento total, pues no se veía más que gente yendo arriba y abajo. Pero Marian asistía a la proyección y todos esperaban de ella algo, una palabra, una

revelación, una indicación siquiera que les sacase de aquella siniestra duda.

Ya no se trataba de disimular. Simplemente la policía quería que Marian viese la película y diera todos los datos posibles.

Ella prestó atención durante aquellas horas interminables.

Parecía totalmente absorta. Como si no le interesase nada.

Pero se notaba que sufría. Que todos sus nervios estaban tensos. Al terminar la proyección, el teniente susurró:

—¿Ha reconocido a alguien?

—No.

—Usted dice que había visto al hombre que iba a morir, ¿verdad? Perdone que hable con tanta brutalidad, pero en este momento, ya no me queda otro remedio. Dice que en su imaginación se proyectó la cara de ese hombre, ¿no es cierto?

—Sí que lo es.

—¿Lo ha visto ahora?

—No.

La voz de la muchacha era amarga, lenta.

La estaban torturando, no cabía duda.

Pero James no protestó. En contra de su costumbre, no hizo nada por defenderla. Parecía estar tan absorto en sus pensamientos, tan preocupado por algo, que ni siquiera se dio cuenta de lo que sucedía.

Bandingan insistió:

—¿Seguro que no está entre esa gente?

—Creo que no.

—¿Quiere que pasemos la película de nuevo? ¿O algún pedazo de la misma?

—¿Para qué? No conozco a nadie.

—Ese joven que usted imaginó… ¿no aparece ni siquiera un instante, no hace nada, no se le ve cruzando la calle, aunque sea una vez? ¿Está segura?

—Estoy segura.

—Por favor, haga un esfuerzo. ¡Recuerde!

Irene Nagy dijo con delicadeza:

—Por favor, teniente, la está interrogando sin ningún derecho. Ella es simplemente una colaboradora y puede negarse. No la atormente más.

Bandingan se volvió hacia James. Esperaba que él protestase también, pero lo vio absorto, hundido. Arqueó una ceja al preguntar:

—¿Qué le pasa?

—¿Pasarme? ¿Qué?

—Parece como si hubiera visto a un fantasma.

—Tal vez sí, teniente.

—¿Tal vez sí? ¿Qué quiere decir?

—Parece mentira que no se haya dado cuenta. Por esa calle ha pasado fugazmente una persona a quien usted también conoce.

—¿Quién…?

La verdad era que el teniente Bandingan estaba sorprendido al máximo, porque él se había fijado muy bien en toda la gente que pasaba y volvía a pasar por delante de las cámaras. Claro que la monotonía de las escenas, podía haberle causado alguna fatiga, pero…

—No entiendo cómo me he podido distraer tanto —dijo—. Nunca me había ocurrido una cosa así. ¿A quién se refiere?

—A Simmel.

—¿Simmel? ¿El que pegó a aquella cortesana?

—Por supuesto. Al mismo.

—¿Dice que ha pasado por delante de las cámaras? ¿Y cómo es posible que yo no lo haya visto? Lo conozco mejor que usted. ¡Es absurdo! No puedo haberme distraído tanto.

James se frotó un momento los cansados ojos, con un gesto de pesadumbre. Al abrirlos de nuevo, susurró:

—Ha sido una cosa muy fugaz, teniente. Casi no ha sido posible distinguirlo, y por eso debe haberse distraído usted. Yo mismo no estoy tan seguro de si realmente lo he visto o ha sido una especie de alucinación.

—¿Recuerda en qué trozo de la película?

—Más o menos cuando aquel camión de mudanzas color verde, está a punto de estrellarse con un coche.

—Espere, lo comprobaré. Irene, por favor.

Irene Nagy rebobinó la cinta y proyectó otra vez la película a partir del momento que indicaba James. Vieron, en efecto, un gran camión de mudanzas que hacía una falsa maniobra y estaba a punto de llevarse por delante un coche. La gente se arremolinaba durante

algunos segundos e intervenía un agente de tráfico. Enseguida todo volvía a la normalidad y los transeúntes se deslizaban de nuevo, agitadamente por delante de la cámara.

—Poco a poco —dijo Bandingan—. Pase la cinta al *ralentí*, señorita Nagy. Conviene que vea las caras con detalle.

Pero la película iba terminándose y James no hacía ninguna señal. El rostro de Simmel tampoco aparecía por parte alguna. Ahora todos contemplaban con la máxima tensión las imágenes y no se oía más que el leve zumbido de la proyectora y el compás algo agitado de sus respiraciones.

—Vuelva atrás —pidió el teniente—. Otra vez.

Pero fue inútil. No hubo nada. Cuando la proyección terminó por tercera vez, Simmel no había aparecido por parte alguna.

James hizo un gesto de desaliento.

—Debo estar borracho —murmuró.

—Lo que puedo asegurarle es que la película no tiene ningún corte. Lo que ha visto antes, lo acaba de ver ahora otra vez.

—Lo sé: No entiendo de dónde demonios he sacado la idea de que había visto a Simmel. Y sin embargo…, ¡estaba tan seguro!

—Quizá todo se deba a la fatiga, amigo. Hay veces en que uno está tan cansado, que se obsesiona.

—¿Pero cómo es posible que yo…?

—No se preocupe. Está claro que no ha visto a Simmel.

No quiso dar demasiada importancia a aquello. Si empezaban a ser esclavos de sus propias alucinaciones, acabarían locos. Los rostros de todos se volvieron entonces hacia Marian, como si esperaran una palabra, una confirmación, algo que aclarara sus dudas de una condenada vez. Pero la muchacha no despegó los labios.

El teniente musitó:

—¿De veras no ha visto aquí a la persona que usted pensó que moriría?

—No, no la he visto.

—Pues las películas han sido rodadas en la zona en que usted imaginó la situación. Era ahí, ¿verdad? La calle distinguida, el cementerio…

—Sí, era ahí —dijo Marian con voz opaca, sin fuerzas, como si se sintiera terriblemente cansada incluso para hablar.

—Por favor, no le haga más preguntas —pidió James al notarlo—. Marian está sufriendo mucho más de lo que cualquiera de nosotros puede imaginar.

—Es cierto —reconoció Bandingan—. Si he insistido es porque nos pudo resultar de gran ayuda, ¿comprende? Sabiendo cuál era la persona a la que teníamos que proteger, buena parte del trabajo ya estaba hecho. Claro que eso de que un obispo vaya a ahogar a alguien…

—No lo cree, ¿verdad?

—Es sencillamente grotesco.

Marian se puso en pie. De repente parecía muy mareada, tanto, que sus rodillas vacilaron. La propia Irene Nagy se apresuró a sostenerla, porque era la que estaba más cerca. Hubo en su gesto una cierta ternura fraternal, como si fuese la más afectada por el tormento que Marian debía estar sufriendo.

—No debe consentir que la molesten más —dijo en voz baja—. No tienen derecho a interrogarla de esa manera.

Y salieron de la sala de proyecciones. El teniente Bandingan chascó dos dedos mientras decía:

—Esta vez sí que estoy seguro de que se trata de una especie de alucinación colectiva, porque todos acabaremos viendo visiones. Por descontado que nadie va a morir ni va a pasar nada de lo que ella teme. Los obispos de este país tienen cosas más importantes que hacer que dedicarse a ahogar a la gente.

Encendió un cigarrillo e hizo un gesto de indiferencia, como si diera el asunto por terminado. Pero se equivocaba. Se equivocaba rotundamente, porque por delante de sus ojos había pasado ya dos veces el hombre que tenía que morir.

CAPÍTULO XI

Habían transcurrido veinticuatro horas.

La lluvia caía mansamente sobre las calles de Nueva York. Había un matiz acharolado en el asfalto, mientras los bajos edificios del West Side se habían hecho más oscuros, casi negros. El tráfico había aumentado hasta hacerse agobiante en la parte baja de Broadway. Las gotas repiqueteaban de tarde en tarde en los cristales, empujadas por alguna ráfaga de viento, y producían una imborrable sensación de tristeza.

James salió de su habitación porque ya no podía soportar más tiempo aquel encierro. Fue a la de Marian. Encontró a la muchacha quieta en una butaca, con los ojos perdidos, pero con el pelo ligeramente impregnado de gotitas de lluvia.

—¿Has salido? —preguntó.

—Sólo un poco.

—¿Hacia dónde?

—He subido en autobús hasta Central Park, por la Quinta Avenida. He dado un par de vueltas y he regresado.

—¿Sabes que es peligroso ir por allí? En Central Park no debe haber nadie en una tarde de lluvia. ¿Por qué no me lo has dicho para poder acompañarte?

Ella ni siquiera le miraba. Parecía completamente hundida en sí misma, en su mundo interior. Desde que abandonaron la sala de proyecciones de la policía, veinticuatro horas antes, apenas había dicho media docena de palabras. Su actitud recordaba a la de una pobre muñeca que han dejado abandonada en una butaca y en la que ya nadie se fija. Al verla así, James no podía evitar una profunda angustia.

—No valía la pena —susurró ella—. Ya os estoy dando bastantes trastornos a todos.

—Yo me he quedado en Nueva York sólo para esto; sólo para ayudarte, Marian.

—Lo sé, James. Y te doy las gracias.

—A veces pienso, de todos modos —musitó él—, que es perjudicial quedarnos aquí. Este viaje no te ha hecho ningún bien. No sé qué tiene esta condenada ciudad, pero te ha transformado completamente, Marian, y me pregunto si no debería sacarte de sus calles. ¿Por qué no nos marchamos de una vez? Tu empleo en el teatro ya lo has perdido, después de tantos días de no actuar. Pienso que puedes encontrar algo similar en otro sitio.

Ella musitó temblorosamente:

—No puedo ir a otro sitio, no puedo moverme de aquí.

—¿Por qué?

—Porque tengo miedo.

—¿Miedo de qué, Marian?

—James… Hubo anoche algo que no dije.

Sus manos temblaban. Se habían aferrado a los dedos del hombre.

—¿Anoche? ¿Cuándo? —musitó él.

Los dos notaban como una obsesión, repiqueteando ahora con fuerza en los cristales, el ruido de la lluvia.

—¿Miedo de qué? —insistió James.

—Vi al hombre al que van a matar —explicó ella con un hilo de voz.

—¿Lo llegaste a ver? ¿Dónde? ¿En la película?

—Sí.

—¿Por qué no lo dijiste?

—Estoy tratando de explicártelo… Tuve miedo y lo tengo aún.

James había palidecido. Volvía a dominarle aquella angustiosa sensación de pesadilla, pero al mismo tiempo se daba cuenta de que aún podía evitarse la muerte de aquella persona, puesto que si la policía sabía quién era, podría protegerla. Mientras sujetaba a Marian por los hombros, bisbiseó:

—Por favor…, ¿cómo era?

—Joven, ya lo expliqué.

—¿Qué más?

—Moreno.

—Ésos son detalles secundarios —susurró James, con voz tensa

—. Lo que interesa es saber dónde vive, en qué ambientes se mueve. ¿Recuerdas eso, Marian? ¡Por el amor de Dios…! ¡Habla! ¡Dime dónde se le puede encontrar!

Ella movió la cabeza pesadamente. Estaba al borde de sus fuerzas. Sin mover apenas los labios dijo:

—No lo sé. Sólo he visto la calle en que vive.

—¡Ya es algo! ¡Dime cómo es esa calle! ¡Dime dónde está! ¡Habla! ¡Pronto!

—Es larga.

—Lo son casi todas las de Nueva York, excepto algunas de Greenwich Village. ¡Sigue!

—Desde ella se ve Long Island City.

—O sea que está en el East Side. Continúa siendo un dato concreto. ¿Qué más cosas has imaginado? Porque desde la calle, no se puede ver Long Island City, al otro lado del Hudson. Long Island City debe verse desde mi sitio elevado, supongo. Desde algún edificio de esa calle. ¿Cuál? Trata de recordar… ¿cuál?

Los labios de la muchacha seguían temblando. Bisbiseó:

—Fue todo como en un sueño. Llegué a ver una… Bueno, el edificio gris parece cerrar la calle. Tenía unas letras arriba. «PA»… o algo así.

—¡Pan American!

—Podría ser.

—Desde lo alto del edificio de la Pan American se ve el otro lado del Hudson, en efecto —dijo James, pensando en voz alta—. Ya tenemos localizada la calle: la Cuarta Avenida. ¿Pero el sitio donde vive ese joven, está cerca del rascacielos? *¿Dónde está?*

—Justo al lado. Eso lo vi perfectamente. Justo al lado.

James exhaló un suspiro. Se sentía terriblemente cansado, pero había llegado a una especie de meta. Con movimientos rápidos se dirigió al teléfono para llamar al teniente Bandingan.

No podía darle datos definitivos, pero al menos sí que podía orientarle. Uno de los dos edificios que estaban justo al lado del de la Pan American. Ya era algo. Lo demás, dependía de la rapidez con que la Metropolitana pudiera actuar.

Fue a descolgar el aparato.

Pero en aquel momento, éste sonó. James lo descolgó con movimientos maquinales, para oír la voz de Bandingan.

—¿James? —preguntó aquella voz.

—Sí, teniente, soy yo mismo.

—He de darle la noticia de una muerte, James.

—¿Una muerte? ¿Y por qué a mí?

—Porque me temo que ésta le interesa.

El teléfono pareció resbalar de entre los dedos de James. El joven susurró:

—Quizá yo le pueda dar los datos del muerto, Bandingan.

Tenía una sensación de hielo hasta en el fondo de la sangre.

—¿Los datos del muerto? ¿Por qué razón?

—Déjeme hablar, teniente. ¿Se trata de un hombre joven?

—Sí.

—¿Moreno?

—Sí.

—¿Vive cerca del edificio de la Pan American?

—No es que viva, pero tiene un despacho allí. Oiga... ¿cómo infiernos sabe todo eso? ¡El cadáver acaba de ser descubierto! *¿Cómo lo puede saber ya?*

—Lo sé y basta. Dígame cómo ha muerto.

La voz de James era apagada. Era la voz de un hombre que se encuentra al borde de la fatiga y de la derrota. Repitió:

—Dígame cómo ha muerto.

Y el teniente contestó con una voz infinitamente lejana, infinitamente triste, una voz que parecía llegar desde las fronteras del Más Allá:

—Lo ha ahogado un obispo.

CAPÍTULO XII

El «Pontiac» se metió en un charco, envió una rocía da de agua sucia sobre el miserable quiosco de periódicos, que no estaba de acuerdo con la categoría de la calle, y se detuvo con un chirrido de frenos. Irene Nagy, que era la que conducía, dijo con voz levemente metálica:

—Hemos llegado. Tiene que ser aquí.

En efecto, allí se encontraban estacionados dos patrulleros de la policía. La gente deambulaba sin prestarles demasiada atención. La lluvia seguía cayendo, pero ahora casi sin fuerza, como una caricia.

—Celebro haber llegado en el momento en que tú salías —dijo la muchacha—. Me han avisado para obtener las fotografías legales y me ha parecido que era mejor recogerte en el hotel. Los policías estaban muy nerviosos y querían verte; por eso he imaginado lo nervioso que debías estar tú.

—Sí —dijo él con un hilo de voz—. No creo que hubiese podido ni conducir.

—¿Cómo es que sabías lo de…?

—¿Te lo ha dicho Bandingan?

—Sí, por teléfono.

—Más vale que no me preguntes nada —dijo él, sin mirarla—. No sabría qué contestarte.

Y avanzaron bajo la fina lluvia. Un policía que estaba en la puerta, saludó a la muchacha. Mientras avanzaban hacia el gran tablero luminoso donde estaban indicados los nombres de los ocupantes de los despachos, ella susurró:

—No puedo creer lo que me ha contado Bandingan. Que lo ha ahogado un obispo… Es absurdo. Parece un juego de palabras. No tiene sentido…

—Puede que sea un juego de palabras —dijo James,

deteniéndose de pronto—, pero eso no quita importancia a lo fundamental. Lo fundamental es que *el hecho ha ocurrido* y que ha sucedido además de la forma que nos dijeron. Lo del obispo es un detalle en cierto modo suplementario, aunque en este caso tiene gran importancia, ya que todos los puntos coinciden, incluso ése.

Irene le miró sin comprender.

—¿Por qué dices que puede ser un juego de palabras? —musitó.

—Mira.

En la casilla luminosa correspondiente a uno de los inquilinos, se leía: «Anthony Reston. Anticuario. Especialista en juegos de ajedrez orientales en jade y marfil».

—Tiene que ser ése —dijo secamente James.

—¿Por qué lo sabes?

—Porque ahora me doy cuenta de ese detalle y de lo que significan ciertas palabras. Ésa es la única explicación que hay para lo del primer hecho absurdo: la intervención de un obispo. En este maldito caso ha tenido que intervenir, aunque no sé cómo, una pieza de ajedrez, concretamente un alfil.

Ella movió la cabeza de pronto. Sus ojos se iluminaron.

—Claro… —bisbiseó—. Ahora lo comprendo… Al alfil se le llama también «el obispo». Y en muchas tallas artísticas se reproduce con esa figura…

—Exacto. Eso es lo que yo estaba pensando.

—Pero volvemos a estar en un punto absurdo, James… ¿Cómo una simple figura de ajedrez puede haber matado a… a un hombre?

—Todavía no lo sé, pero la explicación la tenemos a poca distancia de aquí, en el piso dieciocho. Vamos.

Tomaron uno de los ascensores. En el piso dieciocho, en efecto, había dos policías más. El forense salía aburridamente, arrastrando los pies y llevando a la espalda, como un saco, su maletín negro.

Saludó a Irene Nagy.

—Es increíble —balbució—. Increíble…

—¿Por qué?

—Tan extraño como lo de aquella mujer devorada en su propia bañera.

—¿Pero qué es exactamente lo que ha pasado? —preguntó James, con un hilo de voz.

—Ya debe saberlo: han matado a un hombre.

—¿De qué manera?

—Alguien le golpeó en la nuca —dijo aburridamente el forense —, y le dejó sin sentido. Hasta aquí, la cosa no tiene demasiada importancia, porque el golpe no era grave. A continuación le ató sólidamente manos y pies, de modo que no podía ni moverse.

Los dos escuchaban conteniendo la respiración. El forense continuó:

—Lo amordazó seguidamente con esparadrapo, tapándole también la nariz, pero dejando un pequeño resquicio en la boca, por el que podía respirar algo. Ahí está el punto fundamental: *sólo a través de la boca*. ¿Pero saben qué le habían puesto a ese pobre tipo en la garganta, antes de amordazarle?

—¿Qué?

—Una pequeña figurita de marfil, de uno de los juegos de ajedrez que tenía ahí expuestos: un alfil. La consecuencia fue que, al respirar ansiosamente ese pobre hombre, se la fue introduciendo en la garganta más y más. Al final, la figurilla se le quedó atravesada y le ahogó. Ha debido ser una muerte espantosa.

James sintió frío en la espina dorsal. Una muerte espantosa… Y además, una muerte innecesaria, cruel, absurda… Una muerte que le hacía sentir en torno suyo algo así como los poderes ocultos del demonio, los poderes del Más Allá. Tuvo una náusea.

El forense continuó:

—Si se trata del mismo asesino que el de la mujer de Bronx Avenue, estamos ante un verdadero monstruo. Aquel cadáver en la bañera fue algo que no olvidaré jamás. Lo de Nelly Salomons también me dejó hecho polvo, a pesar de toda la experiencia. Y ahora esto… Definitivamente, voy a tener que contar el tiempo que me falta para jubilarme. Hasta ahora, no había pensado en eso, pero… ¡qué cuerno! ¡No aguanto más! ¡Voy a marearme!

Y fue en busca de los ascensores. Irene y James entraron como dos sombras furtivas en el despacho. Éste se componía de tres piezas: una sala de espera, el despacho propiamente dicho y una habitación muy bien iluminada, donde estaban expuestos los productos de los que Reston era representante comercial. Allí había verdaderas maravillas, pues por lo visto Reston importaba desde Oriente juegos de ajedrez tallados en marfil y jade y los vendía en Estados Unidos. No hacía falta ser un experto para comprender que

lo que se veía allí valía, por lo bajo, medio millón de dólares.

—Lo tenía asegurado —dijo una voz—. Había buenos sistemas de alarma, pero además existía un seguro; lo he comprobado.

Los dos se volvieron. El teniente Bandingan estaba allí.

Parecía haber envejecido años en dos días.

Con voz opaca, añadió:

—Debe tomar las fotos, señorita Nagy. Va a resultarle difícil, porque tendrá que retratar el interior de una garganta humana.

Ella balbució:

—¿Es cierto lo que ha dicho el fo… forense?

—Lo han encontrado, ¿verdad?

—Sí.

—Pues es cierto. Ustedes mismos podrán comprobar lo enseguida, pero no es el nauseabundo crimen lo que me preocupa. Es algo más: el hecho de que otra persona llegó a adivinarlo *hasta en sus circunstancias más mínimas*.

James dijo con voz ahogada:

—Cuando Marian habló de esto, ni siquiera había visto a este hombre.

—¿Y por qué cree que me preocupo? —masculló el teniente—. ¿Por qué imagina que voy a volverme loco? ¡Pues claro que no lo había visto si no era en su pensamiento! ¡Por eso voy a acabar dándome de cabeza contra las paredes!

James había quedado sin respiración.

La visión del cadáver parecía la de una pesadilla.

El teniente logró dominarse. Dijo con voz profesional:

—Las fotos, señorita Nagy.

Pero ella sentía que le temblaban las manos. A pesar de toda su experiencia, se sentía desbordada. Mientras retrocedía un poco, musitó:

—No sé si podré…

—Tiene que hacerlo. Ya lo sabe: el fiscal del distrito nos va a exigir un trabajo perfecto. ¿Sabe que él está a punto de volverse loco también? ¿Sabe que en privado me ha dicho que piensa dimitir?

James volvió la espalda. La cara de aquel muerto quedó para siempre clavada en sus retinas. Supo que eso sería una pesadilla para el resto de sus días.

Pero había algo más.

Aquella cara ya estaba *desde antes* en su memoria.

La había visto.

Con la mirada extraviada, dijo:

—Teniente.

Bandingan se volvió. En sus ojos, que de pronto ya no tenían vigor, había ahora un apagado brillo metálico.

—¿Qué? —preguntó.

—¿Recuerda que volvimos a pasar la película porque yo le dije que en ella había visto a Simmel?

—Claro que me acuerdo.

—Pues bien: al que vi fue a este hombre.

—¿Está seguro?

—Seguro, teniente.

—O sea, que estaba entre los que pasaban por Wall Street.

—Sí.

—Usted dijo que había visto a Simmel.

—Es cierto, pero existe una explicación.

—¿Qué explicación? Yo no acabo de verla.

—Pues yo, sí: fíjese bien en el muerto, teniente. Usted recuerda sin duda la cara de Simmel. ¿Se da cuenta de que se parecen?

Bandingan se acercó entonces al cadáver y lo miró de otro modo; lo miró en cierto modo como si aún estuviera vivo. Alzó una mano y dijo con voz impersonal:

—Es cierto, no me había fijado en ello. Se parecen mucho.

—Sin embargo, es seguro que no existe entre ellos ninguna relación familiar —dijo James, pensando en voz alta—. Por la edad, éste no puede ser de ninguna manera hijo de Simmel. Tampoco puede ser su hermano ni su pariente cercano. Me parece que, al hablar de Simmel, me dijo usted que no se le conocía familia próxima.

—Es cierto —dijo el teniente, pasándose la mano por la mandíbula—. En fin, se trata de una simple casualidad y no hay que darle más vueltas. ¿Qué? ¿Marchan ya de una vez las fotos, señorita Nagy?

Ella estaba ya trabajando. Había logrado sobreponerse y realizaba su tarea a la perfección. Nuevos policías llegaron en aquel momento, así como un representante del juzgado. Éste ordenó al

cabo de unos minutos el levantamiento del cadáver.

Los expertos en huellas ya habían estado actuando. Sobre el suelo, marcado en tiza, quedó el lugar exacto en que el cadáver había sido hallado. Otros expertos revisaban las cerraduras, los ceniceros, los intersticios del *parquet*, por si en ellos había quedado algún residuo arrastrado por un zapato…

Toda la fría y eficaz máquina policial se había puesto en marcha, pero sus componentes sabían de un modo instintivo que con eso no se llegaría a nada. Aquel caso era *distinto*. Todos adivinaban que allí no había que hablar de huellas, de pisadas y ni siquiera de personas. No. Aquello no era obra de seres humanos. Aquello lo había hecho el diablo.

Irene Nagy musitó:

—No puedo aguantar más aquí. Supongo que me da permiso para irme, teniente.

—Por supuesto.

—Te acompaño —dijo James.

Los dos se movieron como si fueran sus propios espíritus. Llegó un momento en que no sabían ni dónde estaban. La lluvia, cayendo en sus rostros, pareció volverles a la realidad, pero sólo en parte. El *raaaaas raaaaaas* monótono del limpiaparabrisas volvió a adormecerles, volvió a hundirles en aquella especie de pozo silencioso, donde sólo imperaba el horror.

Ella musitó:

—Por favor, dame un beso.

—¿Por qué?

—Quiero volver a tener la sensación de que soy un ser humano.

Él la besó, en efecto.

Pero los labios de la hermosa mujer estaban extrañamente inertes, extrañamente fríos.

—No —dijo ella al cabo de unos instantes, con voz apagada—. No soy un ser humano.

Y arrancó bajo la lluvia.

Capítulo XIII

El teniente Bandingan no podía dormir. Daba vueltas y más vueltas en la cama, con los ojos muy abiertos, viendo docenas de sombras fantasmales en la habitación. Una serie de pensamientos confusos le obsesionaba, le martirizaba, hasta hacerle tener la oscura sensación de que de algún modo, había bajado a los infiernos.

Bandingan se llevó las manos a los ojos, intentando cerrárselos a la fuerza, pero era inútil. Las ideas seguían atormentándole, los rostros seguían bailando ante él. Y era en aquellos rostros donde estaba la clave. Él lo sabía… ¡allí estaba la clave!

¿Pero qué clave?

¿Es que ya había empezado a volverse loco y no sabía ni lo que pensaba?

Se puso en pie, encendió la luz y se preparó algo de beber.

Y entonces lo comprendió. Fue como si el cristal negro le devolviera la imagen que necesitaba, la clave, la solución de todo. ¡Naturalmente…! ¿Cómo no lo había comprendido antes? ¡Entre aquellos crímenes aparentemente absurdos y aparentemente sin relación entre sí, existía un nexo muy claro! ¡Pero si estaba a la vista! ¡Por todos los dioses del Olimpo! ¿Cómo no se había dado cuenta hasta ahora?

Ansiosamente, descolgó el teléfono.

Discó el número.

Le contestó la voz apacible de Irene Nagy.

—¿Pero qué le pasa, teniente?

—Nada… Nada en absoluto, muñeca… Que he dado con la clave de esos misteriosos crímenes.

—¿La…, la clave?

—Sí. No es la solución todavía, pero tengo el camino para hallarla. Y tú me puedes ayudar en eso.

—¿De qué modo le puedo ayudar, teniente?

—¿Guardas fotografías de todos los cadáveres?

—Sí. Conservo una copia en mi archivo. No es agradable, pero generalmente, hacen falta.

—¿Incluso la de la mujer muerta en la bañera?

—Bueno… Aquella mujer no tenía cara realmente, pero en los archivos, me dieron una foto suya, tal como era antes de morir. Las he guardado las dos juntas.

—O sea, que tenemos las facciones de todos los muertos, ¿no?

—Así es, teniente.

Él dijo con rapidez:

—Necesito hacer una comprobación.

—¿Ahora?

—Sí, ahora mismo. No puedo perder un minuto. ¿Estás sola?

La voz vaciló un momento.

Irene Nagy dijo en un susurro:

—No.

Bandingan se mordió el labio inferior.

—La verdad es que… en fin… creí que tú nunca tenías líos, Nagy.

—No es un lío.

—¿Entonces, cómo debo interpretarlo?

—Es una cosa especial, teniente. Ya le explicaré. De todos modos, venga.

—¿De veras no te comprometo?

—No.

—Entonces, estoy ahí en un cuarto de hora —dijo Bandingan con voz ansiosa.

Y colgó.

Bandingan se vistió con movimientos tan rápidos, que parecían los de una película cómica. Luego salió en busca de su coche. Sabía perfectamente que tardaría más de un cuarto de hora en llegar, pero estaba decidido por eso mismo a pisar el gas a fondo. Salió disparado a través de las calles semidesiertas.

Nueva York, en aquellas zonas residenciales, era una ciudad muerta.

El teniente llegó junto a la casa de Irene Nagy, introdujo el coche en un callejón donde podía aparcarlo y fue casi corriendo

hacia la salida. La lluvia ya había cesado, pero las luces de las farolas proyectaban sobre el asfalto una especie de arco iris fantasma. El aire estaba enrarecido; parecía cargado de electricidad.

Bandingan oía el ruido seco de sus propios pasos, mientras corría hacia la salida del callejón. Estaba ansioso y respiraba agitadamente. Pero de pronto se detuvo.

Sus párpados sufrieron una sacudida.

Porque había visto entonces la figura.

La figura que surgía de entre las sombras.

El cuerpo humano que quedaba diluido en aquel arco iris fantasma.

Porque tenía delante el rostro.

Uno de los rostros… ¡dónde estaba la clave!

Vio aquella boca.

La sonrisa helada.

¡La muerte…!

Bandingan balbució:

—¿Pero qué hace… qué hace a… aquí?

Era increíble. No existían motivos para el miedo y él tenía miedo. No podían causarle ningún daño y sin embargo se sentía envuelto por el terror. No podían atacarle y sabía… ¡que estaba al borde de su propia tumba!

—Oiga… —balbució de pronto—. Oiga, ahora lo comprendo todo… Usted es…

La figura dijo con siniestra suavidad:

—Claro, teniente.

Y las manos se movieron.

La pistola con silenciador le envió una bala.

Dos balas.

Tres…

El cuerpo del teniente quedó medio clavado sobre los ladrillos sucios, mientras se estremecía a cada nuevo impacto. El tercer balazo le había alcanzado en mitad de la frente, de modo que ya ni lo sintió. Cayó suavemente al suelo, a los pies de la figura, entre un charco de sangre.

Las pisadas se alejaron lentamente.

Y las luces de las farolas siguieron proyectando sobre el asfalto una especie de arco iris fantasma.

CAPÍTULO XIV

El teléfono sonó insistentemente en la habitación de hotel que ocupaba James. Éste, que seguía con los ojos muy abiertos, porque no había podido dormir ni un instante, volvió la cabeza y miró la esfera luminosa de su reloj. Eran las doce de la noche.

Encendió la luz. Descolgó.

Reconoció al instante la voz excitada de Irene Nagy.

—James…

—¿Qué pasa? ¿Quieres probar otra vez si eres un ser humano?

—James, se trata de algo muy importante. Algo que no entiendo. ¿Estás solo?

—Sí, claro. ¿Por qué me lo preguntas?

—Para poder hablarte con más libertad.

—Pues habla lo que quieras… Nadie nos oye. Claro que sí: habla…

—Hace un buen rato me ha llamado el teniente Bandingan.

—¿Para qué?

—Ha dicho que tenía la clave de todos esos crímenes. No la solución, pero sí el camino para encontrarla. Quería ver para eso mi archivo fotográfico.

—¿Tu archivo fotográfico? ¿Te ha explicado por qué razón?

—No, eso no me lo ha dicho. Parecía muy nervioso. Hemos quedado en vernos unos momentos después.

—¿Y qué te ha dicho unos momentos después? Eso es lo importante.

—¿Por qué eres que te llamo, James? Hay algo incomprensible. No ha venido.

—Se habrá retrasado. ¿Has llamado a su casa?

—Sí, pero el teléfono suena y suena sin que conteste nadie.

—Entonces, habrá tenido un accidente en su coche. Espera.

Cuelga y yo llamaré a la Sección de Tráfico. Se enteran en minutos de todo lo que pasa.

—No, James, no lo hagas. Ya he llamado yo, y además, me han atendido muy bien, porque me conocen. En los tres últimos cuartos de hora no ha habido ningún accidente de tráfico con víctimas en todo Manhattan.

—Pues entonces…

—Tengo miedo, James.

La voz era temblorosa. Vibraba en el aire. A pesar de la lejanía, pareció repercutir en el aire quieto de la estancia.

—Tengo miedo…

James musitó:

—¿Está sola?

—Ahora, sí.

—¿Antes no?

—Ya te explicaré, James.

Él sintió frío en la columna vertebral.

Dijo con voz ahogada:

—Cuelgo. Voy ahora, Irene.

Y saltó de la cama. Se vistió con movimientos maquinales, indecisos, mientras la cabeza le daba vueltas y más vueltas.

Las fotografías de los muertos… Claro… El teniente había pedido las fotografías de los muertos… Era lógico… ¡Naturalmente que sí! ¡La clave tenía que estar allí! ¡En las caras! *¡Las caras!* ¡LAS MALDITAS CARAS…!

La cabeza le zumbaba.

Sin avisar a Marian, que vivía en otra habitación del mismo hotel, salió a la calle. Tomó un taxi. Todo daba vueltas en torno suyo, como si de pronto las calles de Nueva York se hubiesen transformado en las calles de una ciudad distinta.

—Gracias, es aquí.

Se apeó, pagó y fue en línea recta hacia la puerta del bloque en que vivía Irene. La lluvia mansa volvía a caer. Las farolas proyectaban sobre el asfalto su arco iris fantasma.

James oía el sonido de sus propios pasos.

Miró la calle solitaria.

El vacío.

Las luces que se perdían a lo lejos. El espacio que parecía

infinito y que llevaba hasta las fronteras del Más Allá.

Sintió una especie de náusea.

Seguro que el teniente había venido. Seguro… Seguro…

Pero entonces… ¿Dónde infiernos estaba?

Los ojos de James giraron poco a poco. Algo en sus músculos pareció chirriar. Se volvió hacia el callejón cargado de sombras.

Y volvió a oír el ruido de sus propios pasos.

Tac… Tac… Tac… Tac…

Se acercaba allí como un fantasma.

Y entonces lo vio Nadie lo había descubierto aún, porque estaba en una zona oscura y además no había peatones a aquella hora y con aquella lluvia. James sintió que se le contraía la garganta y avanzó hacia él.

Bandingan estaba muerto. Su cuerpo espantosamente frío y la sangre coagulada, indicaban que llevaba allí bastante más de media hora. James sintió otra vez aquella crispación en la garganta y fue a salir.

Pero su instinto le avisó.

Fue como la llamada del diablo.

¡FLAP!

La bala resbaló por los ladrillos sucios, empapados de lluvia, y se perdió en el fondo del callejón. James se pegó instantáneamente al suelo.

¡FLAP!

El segundo plomo le rozó materialmente, pero las luces difusas del callejón lo confundían todo. James patinó materialmente entre las ruedas del coche del teniente, mientras una tercera bala disparada con silenciador, hacía estallar secamente uno de los neumáticos. Luego se hizo el silencio.

Y sonaron unas pisadas lejanas.

Cada vez más lejanas.

Pisadas…

Pisadas que se iban.

La mezcla de indecisión y de angustia torturaba a James, pero éste decidió actuar. Se puso en pie. Al salir del pasadizo vio la calle vacía y sintió la lluvia en el rostro. No había nadie. Los disparos que estuvieron a punto de enviarle al Más Allá los había hecho el demonio.

Los ojos de James se cerraron.

Sentía vértigo.

Porque ahora sí que conocía la clave él también. Estaba en el punto exacto en que se hallaba Bandingan cuando murió, pero con la diferencia de que él seguía vivo. La clave bailaba ante sus ojos, y él sabía que esa clave estaba en las caras… *¡las caras!*

Pero debía empezar por el principio.

Por la primera cara.

Se alejó de allí, atravesó dos calles, detuvo otro taxi y le dio una dirección que había visto en una de las fichas del teniente.

Aquella dirección era la de un hombre llamado Simmel.

CAPÍTULO XV

Hacía frío. Del Hudson, tan cercano, llegaba un viento helado, pero al menos ese viento había hecho cesar la lluvia. James avanzó por la calle tranquila, de casas con ocho o diez pisos, y miró hacia arriba. En una de las ventanas había luz.

Tenía que ser la que correspondía a Simmel. El apartamento de aquel hombre que llevaba una vida metódica y ordenada, una vida casi rutinaria, pero que en realidad era una especie de lobo solitario. James encendió un cigarrillo, comprobó que su pulso estaba bien firme y avanzó hacia la puerta.

Estaba cerrada, pero él la abrió con cierta facilidad, empleando una lima de uñas y luego una navaja. No en vano se ganaba la vida como detective privado y estaba entrenado en esa clase de sucios trabajos. Penetró en el portal.

Las tinieblas le envolvieron.

El ascensor estaba abajo. Brillaba una lucecita.

Silencio.

Sólo el rumor ahogado de sus propios pasos.

No utilizó el ascensor para no indicar que llegaba. Subió sigilosamente, como un felino, hasta el piso de Simmel, después de haberlo comprobado en el buzón de los inquilinos. Una vez allí se detuvo y respiró fuerte.

Sus ojos se nublaban.

La vieja historia estaba ante él.

Retazos de una vieja historia.

Cosas que había oído decir. Palabras sueltas. Frases inquietantes que se perdían en el vacío de lo que no tuvo sentido, pero que ahora lo estaba teniendo.

También la puerta estaba cerrada, pero la abrió con la misma facilidad. Vio una lucecita en el pasillo. Al fondo había una ventana

abierta y las cortinillas eran mecidas por el viento. La vista desde aquel décimo piso resultaba casi fastuosa.

El Hudson.

El gran río que parecía tocarse con las manos a través de la ventana abierta.

Los suburbios del otro lado. Los millones de luces, La sensación de vacío y sin embargo, de vida que desbordaba, que estallaba.

James siguió avanzando.

Otra vez el ruido de sus pasos.

Y lo más extraño: el ruido de sus propios pensamientos. Porque hubiese jurado que su cerebro rechinaba, crujía. Todo le hacía daño. Un recóndito dolor le obligaba a respirar con angustia.

Giró la cabeza.

El cuarto de baño.

El ruido del agua.

Su cuerpo giró también. Había momentos en que parecía el de un autómata. Entró en la pequeña cabina. Tuvo un parpadeo.

Pero no fue de sorpresa. En el fondo esperaba aquello. Pasó por encima de los pies del cadáver, procurando no mojarse, y se inclinó para cerrar el grifo de la bañera que ya desbordaba. Luego sacó del interior del líquido la cabeza de aquel hombre, que estaba metido de bruces en la bañera y al que previamente habían dado un golpe en la nuca.

Lo miró.

En sus ojos aún flotaba la sombra de una duda.

Pero la duda se disipó enseguida.

En efecto, era Simmel.

James lo dejó caer de nuevo, mientras su cerebro volvía a rechinar. ¿Cuánto tiempo llevaba muerto? ¿Cinco minutos? ¿Diez quizá? En todo caso, había una sola cosa segura: ¡el asesino aún tenía que estar allí!

¿El asesino?

James avanzó poco a poco. No tenía miedo, pero la angustia le empujaba. Vio la lucecita amarilla sobre la mesa del comedor.

Y la pistola con silenciador que le apuntaba.

Y la mano.

No se veía la cara, pero no le hizo falta.

James preguntó con un hilo de voz:

—¿Por qué todo esto? ¿Por qué? ¿POR QUE LO HAS HECHO, MARIAN?

CAPÍTULO XVI

La respuesta estaba en la cara de la muchacha, y él lo sabía. Simplemente en eso: en su cara. Como la raíz de la muerte de los otros había estado también su cara. Reventaron sin imaginarlo, pero estaban condenados a muerte por una sola razón. Por algo que nunca sospecharon… ¡*Porque se parecían entre sí*!

¡Porque sus rostros, aun contando con la diferencia de sexo, eran casi iguales!

¡*Porque todos ellos se parecían a Marian*!

Ella tenía la mirada perdida. Daba la sensación de no verle.

Pero su pistola le apuntaba férreamente al centro de la cabeza.

—¿Por qué? —repitió él—. ¿Por qué, Marian?

—Los odiaba —dijo ella roncamente—. Los odiaba con toda mi alma. Sabía que no merecían vivir.

—Simmel tal vez no, pero ¿y los otros? ¿Por qué los otros?

—Tampoco merecían vivir. Eran como él.

—¿Por el hecho de que se parecieran a ti?

—No. Porque se parecían a Simmel.

James dio una vuelta por la habitación, incluso ofreciendo la espalda a la mujer, sabiendo que ella iba a disparar en cualquier momento. Era extraño, pero nunca hubiese imaginado que la muerte le importara tan poco. Viniendo de Marian le causaba angustia, no miedo. Con una voz inexpresiva, lejana, preguntó:

—A todos los habías visto mientras paseabas por las calles, ¿verdad? Tú salías del hotel mucho más de lo que parecía. Ibas de un lado a otro. ¡Y en Nueva York se ve a tanta gente…! No resulta extraño que dieras con algunas caras que te llamaron poderosamente la atención. La primera fue la mujer de Bronx Avenue, ¿verdad? ¿La seguiste hasta su casa?

Marian dijo sordamente:

—No sólo eso. Entré en ella.

—¿Cómo lo hiciste?

—Fingí vender productos de belleza. Ella me introdujo en su baño. Hablamos un rato y yo me fijé en todo. Me di cuenta de que sería delicioso un crimen tan perfecto.

Su voz vibraba, se entrecortaba. Era la de una verdadera loca. Con los ojos iluminados añadió:

—No tuve que adivinar nada. Ella misma me contó que su marido asistiría aquella noche a la representación del Gran Roselli, sin imaginar que yo trabajaba allí. Yo la hice morir antes de la representación, y luego no tuve más que decir a su marido lo que todos oísteis en la sala. Un prodigio de adivinación, ¿no? Además yo tenía una coartada perfecta porque estaba en el teatro. Debido a los destrozos de aquel cuerpo, nadie pudo determinar la hora exacta de la muerte.

—Los destrozos de aquel cuerpo… —murmuró James—. Eran horribles… ¿Pero cómo lo conseguiste, Marian? ¿Qué infiernos llegaste a hacer?

—Empleé pirañas. Y para confundir a la policía, coloqué una cámara que me fotografiaba cubierta con una máscara que me diera aspecto de monstruo… Pero fueron esos pececillos quienes destrozaron el cuerpo de la muchacha.

—¿Queeeeé…? Pero…

—Sí, los peces más pequeños y sanguinarios que existen. Peces de agua dulce. Monstruos del Amazonas. Dos docenas de ellos pueden destrozar un cuerpo humano en cuestión de minutos. Y no es tan difícil comprarlos, no creas. Hay un naturalista en Nueva York que los vende. Compré dos docenas, los introduje con agua en la caja de plástico que visteis flotando en la bañera y la coloqué sobre la trampilla del depósito del agua, que estaba justo sobre esa bañera. La trampilla vacilaba y estaba sujeta sólo por un hilo. Yo sabía que ese hilo se reblandecería con el vapor de agua y llegaría a ceder. Es decir la caja con las pirañas caería sobre su cabeza justo cuando ella se bañase.

James sintió un estremecimiento.

Le impresionaba aquella voz lejana, aquella voz de autómata. Pero consiguió decir:

—¿Cómo entraste en el apartamento para colocar las pirañas?

¿Por dónde huiste luego?

—Entré y salí por la ventana de baño, que permite deslizarse hasta el tejado contiguo por medio de unas tuberías. Pero antes hube de hacer desaparecer las pirañas, ¿comprendes? Empleé una especie de red para cazar mariposas, las fui sacando una a una y arrojándolas al tejado. Allí estarán sus restos, invisibles a distancia, si no se los han comido los gatos. Je, je… ¡Menudo provecho! Ah… Por eso, al sacar y meter tantas veces la red en la sangre, encontrasteis salpicaduras de ésta fuera de la bañera.

James dio otros pasos más: Estaba junto a la ventana. Sabía que veía por última vez el Hudson, pero eso no le importaba. Con voz opaca preguntó:

—¿Y a aquella trotacalles llamada Nelly Salomons y que vivía en la Calle 53? ¿La mataste por el mismo motivo?

—Sí. Porque también tenía… *aquella cara*.

—No es extraño, Marian.

—¿Por qué no es extraño? —preguntó ella bruscamente, airadamente, como si pensara que nadie más podía conocer el secreto.

—Porque era hija de Simmel. Lo he estado pensando. Tenía que serlo.

—Hija… ¿hija de… de Simmel?

—Sí, de ese tipo que yace muerto como un perro ahogado en el cuarto de baño. No olvides que Simmel tenía unos cincuenta y dos años y Nelly unos veintitrés. Simmel tenía varios hijos a los que ni siquiera conocía, pero a Nelly la conoció. Él iba a divertirse, iba a la dirección de una *call-girl* con la que tenía una cita, pues las mujeres eran su debilidad, pero se encontró con alguien extraordinariamente parecido a él. Eso le extrañó. Hizo a la chica algunas preguntas y entonces llegó a la siniestra conclusión: era su hija. Sabiendo eso, la reacción de Simmel no te sorprenderá, ¿verdad?

—No.

—El muy guarro… —dijo ella oscuramente—. El muy infinito y asqueroso guarro…

—No le tocó un pelo —musitó James—, pero le dio una paliza. ¿Por qué le dio una paliza? Porque le ofendió, le humilló, le irritó

que una hija suya hubiese ido *por el mal camino*. ¡Como si no la hubiese lanzado él! ¡Como si cuanto más puerco es uno más derecho tuviera a imponer la moral a los otros!

Y miró hacia el cercano cuarto de baño sin ninguna pena, sin ninguna angustia. Luego musitó:

—Supongo que lo del pobre tipo llamado Reston, el del alfil, fue de lo más sencillo, ¿verdad? Una visita al despacho, un examen de las piezas que había allí como si fueras a comprar, un descuido cuando los empleados se habían ido…

—Sí —dijo ella roncamente—, fue de lo más asquerosamente sencillo.

—¿Por qué decías adivinar los crímenes, Marian? ¿Qué ganabas con eso?

—Tener una sensación de poder —dijo ella oscuramente—. Una inmensa sensación de poder… Yo, la desgraciada, la huérfana, la don nadie, jugaba con toda la policía de Nueva York. La humillaba. Era la dueña de la vida y la muerte. La hacía ir a donde quería. Por descontado que no pensé que Bandingan se fijaría en la coincidencia de las caras parecidas, pero fue peor para él.

—Tú estabas con Irene Nagy cuando él llamó, ¿verdad?

—Sí. Había ido a visitarla diciéndole que tenía miedo y no podía dormir sola, pero en realidad para sonsacarla por si la Metropolitana tenía ya alguna pista. Entonces llamó Bandingan y por el diálogo lo adiviné todo. No me costó nada despedirme y aguardar al teniente abajo.

Se puso en pie.

La pistola brillaba quedamente en sus manos.

James contuvo la respiración. Una mueca de hastío, casi de brutal indiferencia, se dibujó en sus labios.

Dijo con voz opaca:

—Es curioso, Marian, pero no me importa morir. Sólo deseo que sepas que yo te he querido. Que nunca pensé hacerte ningún daño, sino al contrario. Te he querido…

—¿Me has querido? ¡Y te besaste con aquella puerca en su coche!

—¿Lo viste?

—¡Yo lo vigilo todo! ¡Yo lo veo todo…!

Sus labios se habían crispado, sus ojos despedían fuego. Con un

brusco movimiento de su pistola ordenó:

—Ponte junto a la ventana. Quiero, que, al menos, disfrutes de una buena vista en el momento de morir. Vuélvete de espaldas a mí. No notarás nada…

Él negó con la cabeza.

Dijo con una sonrisa estrecha y firme:

—No, Marian. Prefiero verte. Prefiero perdonarte. Prefiero decirte hasta el último segundo que te estás equivocando.

Ella barbotó:

—¡Calla!

Y casi le clavó el cañón en la cara. Estaba nerviosa, estaba fuera de sí. Sus ojos, de pronto, no parecían humanos. Mientras los dos se acercaban a la ventana farfulló:

—Reza…

Y le apuntó entre los dos ojos.

James no se movió.

Quizá rezaba.

No lo sabía.

Muy pocos saben exactamente lo que hacen en el momento de morir.

Vio que Marian le apuntaba.

La boca cruel de la mujer.

Sus ojos…

Y de pronto parpadeó.

Porque… ¿dónde estaba mirando ella?

¿Por qué miraba más allá de su cabeza? ¿Por qué miraba al río?

La boca de Marian se torció.

Sus labios temblaron espasmódicamente.

Seguía mirando al río como si no existiese nada más. Sólo el agua que fluía y sus pensamientos que, en cambio, se habían quedado quietos.

Ella balbució:

—Sacad a esa niña de ahí…

—¿Qué dices… qué dices?

—¡Sacad a esa niña de ahí! ¡Sacadla del agua! ¡No dejéis que la toque! ¡NO DEJÉIS QUE TOQUE A LA MUERTA!

Su cuerpo temblaba espasmódicamente. Sus manos se habían tendido hacia el vacío. Creía estar en el agua, creía poder nadar

hacia algo imaginario, algo que estaba clavado en sus recuerdos, algo que atormentaba desde siempre el fondo de su vida. Avanzó bruscamente sin que James pudiera detenerla, porque James no esperaba aquello. Se dio cuenta de que ella sólo veía el río, de que avanzaba hacia la ventana… ¡Se dio cuenta de que ella iba a saltar!

Trató de abrazarla.

Sus músculos vibraron.

Gritó de angustia.

Pero el cuerpo de la mujer se le escurrió. Era como el de un extraño pez. Era como algo que no existía. La ventana tembló. Se oyó un extraño, un brusco, un lacerante grito.

James quedó sin respiración.

Todo fue otra vez como una pesadilla.

El cuerpo que cae.

El aire que vibra.

El choque diez pisos más abajo…

James cerró los ojos.

Sentía vértigo, sentía angustia. Sentía en el corazón un terrible vacío.

Como un autómata, fue hacia el teléfono y discó el número de Irene Nagy. Le contestó la voz asustada de la muchacha.

—Pero, James… ¿Desde dónde me llamas? ¿Qué pasa? ¿Por qué no has venido?

—Te llamo desde la casa de Simmel, Irene. Avisa tú a la policía y ven con ellos. Te lo explicaré todo.

—¿Me explicarás… todo? ¿Pero el qué?

—La historia de una niña cuya madre fue ahogada en el río —musitó él con voz lejana—. El canalla que la había seducido, el que la había dejado con una hija, quiso ahogarlas a las dos para evitarse compromisos. La mujer le había exigido que se casara con ella o que le pasara una fuerte pensión, supongo, y él no estaba dispuesto a hacerlo. Debió ver muy fácil en un día de campo, matarlas a las dos, y lo hizo. Pero no contaba con que la niña se salvaría. No contaba con que la pequeña se sujetaría a la muerta y conseguiría luego flotar. No contaba con que la cara de Simmel, el hombre que ahogó a su madre, quedaría grabada en su memoria para siempre.

Sonrió tristemente y añadió:

—Cuando llegues tendrás que darme tú un beso a mí, Irene. Lo

necesito.

—¿Lo necesitas? ¿Por qué? Claro que te lo daré. Y todos los que quieras. ¿Pero por qué?

—Para convencerme de que sigo siendo un ser humano…

Y colgó lentamente.

FIN